

LOS ARAGONESES EN EL CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS: HISTORIA DE UNA AMISTAD, HISTORIA DE UNA «ESCUELA», HISTORIA DE UNA PROFESIÓN*

IGNACIO PEIRÓ MARTÍN
Universidad de Zaragoza

La AMISTAD de Eduardo Ibarra con Julián Ribera y Tarragó venía de largo: prácticamente, desde 1887, en que el discípulo predilecto de Francisco Codera tomó posesión de la Cátedra de Árabe de Zaragoza¹. En los siguientes años, el «retraído» y «poco hablador (...)» valenciano, de unos treinta años, con traza de árabe hasta en lo físico, se convirtió en el modelo que sellaría el compromiso con la historia del joven Eduardo Ibarra:

poco á poco se estableció entre nosotros relación amistosa que el tiempo fue estrechando hasta convertirla en verdadera fraternidad espiritual y científica [...] yo encontraba en Ribera el afecto y consejo que hubiera hallado en un hermano mayor, más de apreciar por haber sido yo hijo único y él veía en mí, y al par yo en él las condiciones más opuestas².

* Este texto se inscribe en el Proyecto HUM2005-04651/HIST, «Espacio Público y culturas políticas en la España Contemporánea», subvencionado por el Ministerio de Educación y Ciencia. Es la reelaboración de la conferencia que con el título «Los aragoneses en el Centro de Estudios Históricos», impartí el miércoles 30 de enero, en el curso *El Centro de Estudios Históricos y sus vinculaciones aragonesas (en ocasión del centenario de Rafael Lapesa)*, organizado por la Institución «Fernando el Católico» y celebrado en Zaragoza los días 30 y 31 de enero, y 1 de febrero de 2008. Creo conveniente advertir, asimismo, que las ideas matrices del presente artículo forman parte del capítulo 3 de mi libro *Los maestros de la Historia: Eduardo Ibarra y la profesión de historiador en España* (de próxima publicación en Urgoiti Editores), y así las expuse en la sesión inaugural del *Seminario de Historia Contemporánea*, celebrada el 10 de enero de 2006 en el Departamento de Historia Contemporánea del Instituto de Historia del CSIC.

¹ Julián Ribera tomó posesión de la cátedra el 24 de junio de 1887. La Cátedra de Lengua Árabe se había establecido en la Facultad de Letras de Zaragoza, en lugar de la de Lengua Hebrea (vacante desde el fallecimiento de Arturo Gallardo en 1882), por mediación del maestro de los arabistas españoles Pascual Gayangos quien, después de ocupar el cargo de director general de Instrucción Pública en el primer gobierno de Sagasta, se había convertido en una de las personalidades más influyentes de la política educativa liberal. La noticia la recordaba Francisco Codera y Zaidín en su «Contestación» a Julián Ribera, «Huellas que aparecen en los primitivos historiadores musulmanes de la Península, de una poesía épica romanceda que debió florecer en Andalucía en los siglos IX y X», *Discursos leídos ante la R.A.H. en la recepción pública del Sr. D. —, el día 6 de junio de 1915*, Madrid, Imp. Ibérica-Estanislawo Maestre, 1915, p. 75).

² Los entrecuñados de Eduardo Ibarra y Rodríguez están entresacados de su «Prólogo» autobiográfico a *¿Por qué inició Castilla la colonización española en América?*, *Última lección expuesta en*

De todos modos, para alcanzar el máximo grado de fraternidad entre los hombres deben suceder muchas cosas, tantas como las que ocurrieron en las trayectorias públicas y privadas de nuestros dos personajes. Una de ellas, fue la participación de Julián Ribera en la creación del Centro de Estudios Históricos. Y otra su intempestiva decisión de abandonarlo, acompañado por el leal Miguel Asín y Palacios. Pero, como veremos en las páginas que siguen, hubo más y, en todas ellas, Ibarra siempre estuvo al lado de Ribera y de sus fieles discípulos, los miembros de la tribu de los «Banu Codera». Por eso, la historia de la amistad de los dos historiadores que desarrollaron su vida académica en Zaragoza y Madrid, la he entrelazado con el capítulo más amplio que constituye la creación de la «escuela» de arabistas. Y, a lo largo de casi cuarenta años, aparece entretejida también con el primer desarrollo de la profesión de historiador en España que alcanza hasta la Guerra Civil de 1936-1939. Más aún. En aquel dramático final de la *cultura nacional española*, no parece casual que fuera el arabista fascistizado Cándido Ángel González Palencia, quien añadiera un punto y seguido a la historia de vida del anciano Eduardo Ibarra al ayudarlo a salvar las vergüenzas de la depuración.

RIBERA: UN HISTORIADOR EN ACCIÓN

Desde luego, a finales de 1880, Ibarra tenía motivos para considerar a Ribera como un «hermano mayor» al que podía respetar y emular. En una historiografía caracterizada por el atraso institucional y la limitada especialización, por el escaso número de sus eruditos científicos y la heterogeneidad de sus componentes³, Julián Ribera pertenecía a uno de estos pequeños grupos que reflejaban las tendencias históricas de su tiempo y el ideal de la autodisciplina profesional⁴. No en vano, tra-

*cátedra por D. — al ser jubilado, por edad, en 30 de enero de 1936, Revista de la Universidad de Madrid, II, I (1942), p. 7; y de su artículo «Estado actual de los estudios históricos en Aragón», recogido en Meditemos. Cuestiones pedagógicas, Zaragoza, Cecilio Gasca, Librero, 1908, p. 36 (publicado originalmente en la revista Ateneo, I, 4 (abril de 1906), pp. 323-331). El mimetismo físico con la raza de su objeto de estudio aparecía como un rasgo de identidad de los arabistas decimonónicos. Así, Luis López Ballesteros, además de describir el aula y el ambiente de la clase de Codera en la Central, lo retrató «como un señor de cara muy bondadosa, color cetrino, barba blanca rapada y aspecto de faquí musulmán, al cual sólo le falta el albornoz y el jaique» («Los arabistas españoles», *La Ilustración Española y Americana*, VI [15 de febrero de 1900], p. 90).*

³ Así la caracterizaría un crítico contemporáneo como Alfred Morel-Fatio, en la primera de sus reseñas dedicadas a «Espagne (Bulletin Historique)», *Revue Historique*, III (1877), pp. 407-408; *vid.*, también mi libro *Los guardianes de la Historia. La historiografía académica de la Restauración*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2006², pp. 111-117.

⁴ De la abundante bibliografía sobre los arabistas, junto al clásico estudio de Manuela Manzanares de Cire, *Arabistas españoles del siglo XIX*, Madrid, Instituto Hispano de Cultura Árabe, 1971, y el capítulo de Joaquín Vallvé Bermejo, «El arabismo en la Universidad Complutense en el siglo XX», en *Catedráticos en la Academia, Académicos en la Universidad*, Madrid, Fundación Central Hispano-

tándose de una de las pocas áreas de la erudición académica cuya institucionalización se desarrolló en el seno de las Facultades de Letras —otra, por ejemplo, fue la *Historia de la literatura española*—, los cultivadores del arabismo habían sido de los primeros en adoptar un estilo de investigación característico. Un programa fundado sobre la base fiable que les proporcionaba la unión de los procedimientos filológicos con la crítica histórica y la posibilidad de compatibilizar la «imparcialidad» de sus investigaciones con la «tradición historiográfica nacional», representada por la fe católica y el patriotismo español. A finales de siglo, así lo ratificaría el propio Ribera al comienzo de la primera conferencia que, el 25 de noviembre de 1897, dictó en el Ateneo de Madrid: «tengo, sí, y no me avergüenzo en confesarlo, grande cariño y devoción á los musulmanes españoles; no por lo de musulmanes, sino por lo de españoles»⁵.

Julián Ribera, que había estudiado bajo la inspirada dirección de Francisco Codera⁶, se había traído de Madrid su estilo científico, la seguridad de su método

Consejo Social de la Universidad Complutense de Madrid, 1995, pp. 99-132, mencionaremos los dos prólogos de María Jesús Viguera, «Al-Ándalus prioritario. El positivismo de Francisco Codera», a la reedición de Francisco Codera y Zaidín, *Decadencia y desaparición de los almorávides en España*, Pamplona, Urgoiti Editores, 2004, pp. IX-CXXXVII, y «Ribera, entre España y al-Andalus», a *Libros y enseñanzas en al-Andalus*, Pamplona, Urgoiti, 2008, pp. XI-XCVI; y el de Miguel Cruz Hernández, «Dante y el Islam de Miguel Asín y Palacios. La fundación de la islamología española», a la reedición de Miguel Asín y Palacios, *Dante y el Islam*, Pamplona, Urgoiti, 2008, pp. IX-XCVI. Por último, cuando el presente artículo estaba en imprenta he tenido acceso al texto mecanuscrito del trabajo realizado por Manuela Marín, Cristina de la Puente, Fernando Rodríguez Mediano y Juan Ignacio Pérez Alcalde, *Los epistolarios de Julián Ribera Tarragó y Miguel Asín Palacios. Introducción, catálogo e índices* (Madrid, CSIC, 2009). Sin haber utilizado ninguna de sus informaciones, debo señalar que, en gran medida, lo que en sus páginas se dice y reproduce refuerzan las ideas que expongo en el presente capítulo.

⁵ Julián Ribera, *Orígenes del Justicia de Aragón*, Zaragoza, Tip. de Comas, hermanos, 1897, p. 6. El catedrático de Árabe dictó en la Escuela de Estudios Superiores del Ateneo de Madrid, los días 25, 29 y 30 de noviembre y 2, 6, 7 y 9 de diciembre de 1897, las siete conferencias que darían lugar al libro (vid. *La Derecha*, 27-11-1897, pp. 1 y 2, y Francisco Villacorta Baños, *El Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid (1885-1912)*, Madrid, CSIC, 1985, pp. 100 y 290). La misma temática la repetiría en las dos conferencias que, con el título de «Orígenes del Justiciazgo aragonés. I. Antecedentes y datos históricos que plantean este problema» y «Orígenes del Justiciazgo aragonés. II. El Justicia árabe. La solución del problema», impartió el jueves 4 y el sábado 13 de febrero de 1898, en «el salón destinado a las mismas en la nueva Facultad de Medicina» de Zaragoza (vid. el anuncio en «Conferencias Universitarias», *La Derecha*, 12-1-1897, p. 2).

⁶ Julián Ribera y Tarragó (Carcagente [Valencia] 19-2-1858/Puebla Larga [Valencia] 12-5-1934). Noveno hijo de una familia de comerciantes y propietarios agrícolas, estudió en las Escuelas Pías de Valencia, obteniendo el grado de bachiller en el Instituto de Castellón (20-6-1872). Licenciado en Derecho en la Universidad de Valencia y en Filosofía y Letras en la Central (24-11-1882), se doctoró en la misma con la tesis «La historia de Valencia y los diccionarios biográficos árabes» (14-12-1885), defendida ante el tribunal formado por Francisco Fernández y González, Manuel Ortí y Lara, Juan Gelabert y Gordiola, Luis Montalvo y Jardín, y García Ayuso, que le concedieron la calificación de sobresaliente. Vid. *Expediente Académico personal de D. Julián Ribera y Tarragó*, AGA, Sec. Educación y Ciencia, Legajo 31-16555; *Expediente de D. Julián Ribera y Tarragó*, AHN. Universidades Legajo 6774-13; y la voz «Ribera y Tarragó, Julián», en Ignacio Peiró y Gonzalo Pasamar, *Diccionario de Historiadores Españoles Contemporáneos*, Madrid, Akal, 2002, pp. 524-525 (en adelante *DHEC*).

y el dominio de «todas las labores técnicas necesarias al historiador, verbi gracia: transcribir y publicar textos, establecer su crítica, leer a autores de nombradía universal, etc.»⁷. En los siguientes trece años, se abrió camino hacia el primer plano de la investigación sobre la historia política del islam español y el campo de la historia cultural dirigida a definir la influencia de la civilización musulmana sobre la cristiana medieval⁸. Observador penetrante y «pensador de altos vuelos» —como lo calificaría su discípulo Miguel Asín—⁹, el contacto directo con las fuentes y la recepción de la literatura positivista finisecular, le indujeron a esbozar su «teoría de la imitación histórica» en los *Orígenes del Justicia de Aragón*, al sostener que esa institución, «como toda la jerarquía judicial de este pueblo, procede por imitación ó copia, de la organización jurídica de los musulmanes españoles»¹⁰. En el contexto de la «crisis de los historiadores historizantes», persuadido por la lectura de la *Revue de Synthèse Historique* de la necesidad de recomponer la unidad perdida de las ciencias del hombre alrededor de la historia¹¹, matizó sus certezas historiográficas en *Lo científico en la Historia*¹².

⁷ Eduardo Ibarra, «Estado actual de los estudios históricos...», ob. cit., p. 36. Para una aproximación a los contactos internacionales de los arabistas españoles, vid. M.^a J. Viguera, «Al-Ándalus prioritario. El positivismo de Francisco Codera», ob. cit., pp. LXVII-LXXV.

⁸ Emilio García Gómez, «Don Julián Ribera y Tarragó», *Al-Andalus*, II (1934), p. IV.

⁹ Miguel Asín y Palacios, «Introducción» a Julián Ribera, *Disertaciones y opúsculos. Edición colectiva que en su jubilación del profesorado le ofrecen sus discípulos y amigos*, Madrid, Estanislao Mestre, 1928, I, p. XVIII.

¹⁰ Julián Ribera, *Orígenes del Justicia de Aragón*, ob. cit., p. 5. Las 376 páginas del texto (excluidos los apéndices), constituyen un modelo de las actitudes de un historiador positivista, de su estilo de investigación y de su confianza en el conocimiento científico de la historia. Más adelante, Ribera no dudará en confesar su debilidad al dejarse influenciar por la lectura de autores como los franceses Bourdeau o Lacombe, el rumano Xenopol o el inglés Flint («¿Es ciencia ó arte la Historia?, *Revista de Aragón*, [diciembre de 1902], p. 906).

¹¹ A grandes rasgos, recordaremos que el objetivo del fundador de la *Revue de Synthèse Historique*, Henri Berr (1863-1954), fue el de recomponer, alrededor de la historia —elevada al estatus de síntesis general del conocimiento—, la unidad perdida de las ciencias del hombre rechazando las especializaciones abusivas y los compartimentos estancos. Sobre este proyecto intelectual, vid., junto con el capítulo que le dedica William R. Keylor, *Academy and Community. The Foundation of the French Historical Profession*, Cambridge-Massachusetts, Harvard University Press, 1975, pp. 125-140; los artículos de Martín Siegel, «Henri Berr et la *Revue de Synthèse Historique*», en Charles-Olivier Carbonell y Georges Livet, (eds.), *Au Berceau des Annales. Le milieu strabourgeois. L'histoire en France en début du XXe siècle. Actes du Colloque de Strasbourg (11-13 octobre 1979)*, Toulouse, Presses de l'Institut d'Etudes Politiques de Toulouse, 1983, pp. 205-218; el de Giuliana Gemelli, «Communauté intellectuelle et stratégies institutionnelles: Henri Berr et la fondation du Centre international de synthèse», *Revue de Synthèse* (avril-juin 1987), pp. 225-229; y las distintas ponencias recogidas en el libro dirigido por Agnès Biard, Dominique Bourel y Eric Brian, *Henri Berr et la culture du XXe siècle. Histoire, science et philosophie. Actes du Colloque International 24-26 octobre 1994, Paris*, Paris, Albin Michel-Centre international de synthèse, 1997, especialmente, las de Enrico Castelli Gattinara, «L'idée de la synthèse: Henri Berr et les crises du savoir dans la première moitié du XXe siècle» (pp. 21-38), y Martin Fugler, «Fondateurs et collaborateurs, les débuts de la *Revue de synthèse historique* (1900-1910)» (pp. 173-188).

¹² Julián Ribera, *Lo científico en la Historia*, Madrid, Imp. de P. Apalategui, 1906. El libro pasó a formar parte de la discusión generada por el tema, en la que participaron autores como Menéndez

Su coincidencia con la concepción fundamental de la síntesis histórica que tenía Henri Berr, le hizo rechazar el «fenómeno del fetichismo ó idolatría de la especialidad del erudito» y defender el estrecho vínculo de la historia con las otras ciencias sociales, porque:

La pura erudición conduce al arrastre inútil de materiales de un sitio á otro, dejándolos tan rudos y deformes como salieron de la cantera. Tan esencial, para mí, es la técnica histórica, como la instrucción científica: paralelamente á los estudios de mera erudición, han de ir los de las ciencias que se nutren de esta peculiar observación histórica: de nada sirve conocer los hechos, sino hay cultura científica suficiente para demostrarlos¹³.

Consecuente con el giro dado a su forma de pensar la historia y la función social del historiador, las aportaciones de Ribera abarcaron una amplia variedad de campos —la filosofía de la educación, la psicología, la sociología o la política— que quedaron registradas en los numerosos artículos publicados en la prensa diaria y, en particular, en las páginas de la *Revista de Aragón y Cultura Española*¹⁴. Eduardo Ibarra asistió a la exposición de todas estas ideas considerándolas con el interés del «convencido partidario de las nuevas doctrinas»¹⁵. El cariñoso «prólogo-dedicatoria» de *Meditemos*, fue su modo de agradecer las deudas que había contraído con él¹⁶.

Pero todo esto sucedió mucho más tarde. Al principio Julián Ribera otorgó a Eduardo Ibarra el modelo del historiador en acción:

Pelayo, Dorado Montero, Altamira o Gumersindo de Azcárate, quien comentaría los distintos textos en el «Carácter científico de la Historia», *Discursos leídos ante la RAH en la recepción pública del Señor D. —, el día 3 de abril de 1910*, Madrid, Imp. de los Suc. de Hernando, 1910.

¹³ Los entrecomillados en «Lo científico en la Historia. Observadores y eruditos», *Revista de Aragón* (diciembre de 1903), p. 373; y «Lo científico en la Historia. Conclusión», *Revista de Aragón* (febrero de 1905), p. 66. Ribera comenzó a publicar en la *Revista de Aragón* sus reflexiones sobre el carácter de la Historia a partir de noviembre de 1902 (pp. 840-844), iniciando una extensa serie de artículos que continuaría en los números de diciembre de 1902, pp. 904-908; enero de 1903, pp. 44-48; febrero de 1903, pp. 140-144; marzo de 1903, pp. 238-242; abril de 1903, pp. 325-329; mayo de 1903, pp. 411-417; junio de 1903, pp. 507-511; julio-agosto-septiembre de 1903, pp. 63-75; diciembre de 1903, pp. 366-376; noviembre de 1904, pp. 425-463; y febrero de 1905, pp. 60-66.

¹⁴ Alguna de las series temáticas las publicaría como pequeños folletos o libros, *v. gr. La supresión de los exámenes*, Zaragoza, Comas Hermanos, 1900, o *La superstición pedagógica*, Madrid, Imp. Ibérica-E. Maestre, 1910, 2 vols. Sus conferencias, discursos y otros artículos serían recogidos en los dos tomos de las *Disertaciones y opúsculos*, ob. cit., o en volúmenes como el prologado por Guillermo Guastavino, *Opúsculos dispersos*, Tetuán, Instituto General Franco de Estudios e Investigación Hispano-Árabe, 1952, que incluye, junto con los artículos publicados en el *Almanaque de Las Provincias*, sus trabajos sobre la historia árabe valenciana. Finalmente, recordaremos que sus facetas de «intelectual público» las enmascaraba bajo los seudónimos de «El doctor Bräyer» y «Un maestro de escuela».

¹⁵ E. Ibarra, «Prólogo-dedicatoria. Sr. D. Julián Ribera Tarragó», *Meditemos...*, ob. cit., p. V.

¹⁶ Ibarra escribiría al comienzo del mencionado prólogo-dedicatoria: «usted es coautor, no de los que ejecutan ó fuerzan á ejecutar el acto criminoso, pero sí de lo (*sic*) que inducen á cometerlo» (ibidem, p. V).

yo admiraba de Ribera —recordaría en su última lección de cátedra— la exactitud de sus juicios, la minuciosidad exquisita en fundamentarlos y comprobarlos, la trabazón lógica de las ideas, en suma, la labor del avezado a los trabajos de hipercrítica propia de las labores del especialista, perfectamente preparado para su tarea, hasta en lo material. Era habilísimo fotógrafo y cajista de imprenta, práctico, para ayudar y dirigir la publicación de textos árabes de la Escuela de Arabistas¹⁷.

Durante la larga preparación de su libro sobre *El Justicia*, en «interminables charlas, paseando y en su despacho», y, también, mientras observaba el aprendizaje de «los discípulos que acudían a trabajar en árabe a su casa, entre ellos los dos jóvenes clérigos, profesores los dos del Seminario, mosén Miguel Asín y mosén Alberto Gómez»¹⁸, fue creciendo la insatisfacción del joven catedrático con sus actitudes ante la historia. De lo que había aprendido hasta entonces rechazaba la retórica engolada de los discursos, la visión partidaria de la historia y la mera repetición de los «cuadros sintéticos» que advertía en quienes habían sido sus profesores más cercanos. Y todo eso porque pensaba que era lo más alejado de la «orientación moderna» que irradiaban los trabajos de Ribera:

éramos en lo histórico, retóricos cuando hablamos o escribíamos; en torno mío veía llevarse la palma á los imitadores de Castelar; se apelaba á la historia como el que va á la panoplia sólo á buscar armas para la lucha contra la libertad ó la reacción; pero los maestros armeros ¿dónde estaban?¹⁹.

Del precipitado de sus nuevos «aprendizajes», asimiló unos primarios conocimientos teóricos que le confirmaron en una concepción claramente positivista de la investigación histórica. Y, a la vez, tuvieron los efectos formativos de dar vía a la construcción de su personalidad y obligarle a planear por sí mismo la conquista de la profesión. La aparición de su primer artículo histórico en diciembre de 1891 y la lectura de su discurso sobre *Las enseñanzas de la Historia ante el estado actual de España* en el otoño de 1899, marcan esta etapa de formación e indican el progresivo adentramiento de Eduardo Ibarra en el mundo de la historiografía, siempre ligado a la compañía de Julián Ribera²⁰. Por lo demás, aprovechó la oportu-

¹⁷ E. Ibarra, «Prólogo» a *¿Por qué inició Castilla...*, ob. cit., p. 7.

¹⁸ *Ibidem*. Años más tarde, también Ribera recordaría el comienzo de su amistad: «Esa comunicación asidua engendró mayor simpatía, mayor intimidad, dentro de la cual ocurrió que el Sr. Ibarra, por uno de esos contrastes tan frecuentes en la vida, juzgó como virtudes mías precisamente aquello que yo suponía defectos míos personales, y se realizó un fenómeno de conversión» («Contestación» a Eduardo Ibarra, «Orígenes y vicisitudes de los títulos profesionales en Europa especialmente en España», *Discurso leído ante la Real Academia de la Historia en el acto de recepción pública el día 29 de febrero de 1920*, Madrid, Tipográfica Renovación, 1920, p. 123).

¹⁹ Eduardo Ibarra, «Estado actual de los estudios históricos...», ob. cit., p. 36.

²⁰ Eduardo Ibarra, «El matrimonio de los Reyes Católicos», *El Archivo. Revista de Ciencias Históricas*, V (diciembre de 1891), pp. 309-315; VI (mayo de 1892), pp. 109-113; y «Las enseñanzas de la Historia ante el estado de España, Conferencia leída en la Universidad de Zaragoza el día 22 de Marzo de 1899, por —, catedrático de Historia Universal en dicha Universidad», *Revista Católica de cuestio-*

tunidad de colaborar en la valenciana revista *El Archivo* para rendir tributo público al siempre sugerente Ribera. En una elogiosa reseña bibliográfica, le atribuyó las más admirables cualidades del historiador: desde el tema que «acusa en su elección conocimiento de las modernas tendencias históricas, que exigen el cultivo del aspecto interno mejor que no el del puramente político, tenido por la mayoría de los escritores como el único constitutivo de la historia»; hasta el método seguido en la elaboración de la monografía, «trabajada sobre las fuentes originales, directamente y no con erudición de segunda mano, y revela la investigación personal y propia sobre autores y textos asequibles tan sólo para los especialistas»²¹.

En verdad, no era el primero de este tipo de gestos que realizaba. Ya en 1891, las tres conferencias sobre «La invasión de España por los árabes», leídas ante el auditorio de profesores y estudiantes católicos del Círculo de San Luis Gonzaga de Zaragoza, significaban su reconocimiento del mecenazgo solícito de Ribera²². Pero no sólo eso. Adecuada su amistad a la lógica de la socialización universitaria, en la primavera de 1894, Ibarra no dudaría en posar en una fotografía de grupo, al lado de otros dos «moros» disfrazados —Pablo Gil y Mariano Baselga—, dispuestos a enviar al martirio al joven sacerdote, Miguel Asín y Palacios²³. La imagen destila la alegría festiva de los discípulos y amigos del fotógrafo Ribera por su regreso

nes sociales, 52 (abril de 1899), pp. 76-80; 53 (mayo de 1899), pp. 102-104; 54 (junio de 1899), pp. 126-129 (tirada aparte Madrid, Imp. de Gabriel Pedraza, 1899).

²¹ «Notas críticas», *El Archivo*, VII (1893), pp. 320-321. El comentario estaba dedicado a la disertación de Ribera, «La enseñanza entre los musulmanes españoles», *Discurso leído en la Universidad de Zaragoza en la solemne apertura del curso académico de 1893 á 1894*, Zaragoza, Imp. de Calixto Ariño, 1893.

²² Eduardo Ibarra, «La invasión de España por los árabes, según las últimas investigaciones. Tres conferencias en el Círculo de San Luis. Zaragoza. (Notas)» (1891) (citado en Apéndice III, «Carrera, cargos, publicaciones y conferencias de Don Eduardo Ibarra», de su lección «¿Por qué inició Castilla la colonización española en América?», ob. cit., p. 50). La Academia-Círculo de San Luis Gonzaga, centro recreativo de los jesuitas fundado en 1886, será el foro de los católico-sociales zaragozanos. Presidida por Mariano Baselga durante la década de los noventa, las actividades y conferencias celebradas en el centro en José Estarán Molinero, *Catolicismo social en Aragón (1878-1901)*, Zaragoza, Fundación Teresa de Jesús, 2001, pp. 273-277. Esta academia estará estrechamente vinculada con la «asociación madre», la Congregación de San Luis de Gonzaga de la que será secretario el discípulo de Ibarra y futuro catequista de Historia, Carlos Riba García.

²³ Reproducida por Carlos Riba, *In Memoriam. Semblanzas enlazadas de dos insignes catedráticos aragoneses. Don Eduardo Ibarra. Don Miguel Asín*, Zaragoza, 1944, entre las pp. 24 y 25; la fotografía la utiliza en la portada de su libro y la comenta José Valdivia Válor, *Don Miguel Asín y Palacios. Mística cristiana y mística musulmana*, Madrid, Hiperión, 1992, p. 69. La relación de Baselga con Ribera siempre fue estrecha, hasta el punto de que el arabista no dudaría en evocar, «al culto humanista y escritor Mariano Baselga», entre sus primeros amigos zaragozanos («Contestación» a E. Ibarra, «Orígenes y vicisitudes de los títulos profesionales...», ob. cit., p. 122). Por su parte, Baselga siempre mantuvo su amistad con Ibarra como demuestra la tarjeta postal en la que Ibarra le agradece su felicitación por la lectura de su discurso de ingreso en la RAH (Madrid, 4 de marzo de 1920) o la carta de Ibarra citada más adelante (ambas se conservan en el archivo privado de la familia Baselga y las he podido consultar gracias a la amabilidad de su nieto Mariano Rivilla Baselga).

triumfal de Marruecos, donde había permanecido casi tres meses en calidad de agregado científico a la embajada encargada de negociar la paz con el Sultán²⁴. Precisamente, los sucesos bélicos de la breve «guerra de Margallo»²⁵, también le habían servido a Ibarra para dar prueba de su patriotismo al completar un ensayo de erudición titulado «La conquista de Melilla»²⁶. Una combinación de estudio histórico sobre los orígenes de la denominada «cuestión de Occidente» y enérgica defensa de la intervención española, que publicó en la revista de alta cultura madrileña *La España Moderna*²⁷.

²⁴ Presidida por el general Arsenio Martínez Campos, Julián Ribera fue designado por la Real Academia de la Historia y salió de Zaragoza en la noche del 3 de enero de 1894 para Madrid («Nota», *Diario de Avisos de Zaragoza*, 3-1-1894, p. 3). Permaneció en Marraquech hasta la firma del tratado de paz a principios de marzo (vid. Alfonso de la Serna, *Al sur de Tarifa. España-Marruecos: un malentendido histórico*, Madrid, Marcial Pons, 2001, p. 190). En general, para el medio diplomático en el que se desarrolló la contienda y sus antecedentes Manuel Fernández Rodríguez, *España y Marruecos en los primeros años de la Restauración (1875-1894)*, Madrid, CSIC, 1986. La experiencia marroquí de Ribera y sus ideas de que la lengua era el medio básico para el conocimiento del norte de África, las volcará en una serie de artículos publicados en la *Revista de Aragón* que, siguiendo su costumbre, reunirá en el libro *El Ministerio de Estado y la cuestión de Marruecos*, Zaragoza, Tip. de Mariano Comas, 1902. Más adelante, Ribera será el inspirador de la política legislativa de Juan Navarro-Reverter Gomis, ministro de Estado en el gabinete presidido por el conde de Romanones (31-12-1912/27-10-1913), en la cual se incluye la creación de la Junta de Enseñanza en Marruecos (R. D. de 3 de abril de 1913).

²⁵ Así denominada por la muerte del general Juan García Margallo, el 28 de octubre de 1893. De las numerosas obras coetáneas que narran la contienda iniciada el 2 de octubre, vid. el relato del corresponsal de *La Ilustración Nacional*, el ex militar y correspondiente de la Española, Adolfo Llanos y Alcaraz, *Melilla. Historia de la campaña de África en 1893-1894*, Málaga, Melilla, Editorial Algazara-UNED de Melilla, 1994 (es reed. facísimil de Madrid, R. Velasco, Impresor, 1894). Junto con el minucioso artículo de Agustín Rodríguez González, «El conflicto de Melilla en 1893», *Hispania*, XLIX/171 (1989), pp. 235-266; la contextualización de la guerra en la política africanista española, en Pablo La Porte, *La atracción del imán. El desastre de Annual y sus repercusiones en la política europea (1921-1923)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2001, p. 31; Eloy Martín Corrales, «El nacionalismo catalán y la expansión colonial española en Marruecos: de la guerra de África a la entrada en vigor del Protectorado (1860-1912)», en E. Martín Corrales (ed.), *Marruecos y el colonialismo español [1859-1912]. De la guerra de África a la «penetración pacífica»*, Barcelona, Edicions Bellaterra, 2002, pp. 180-188; y María Rosa de Madariaga, *En el Barranco del Lobo... Las guerras de Marruecos*, Madrid, Alianza Editorial, 2006, pp. 26-42. Por lo demás, para el impulso que, desde la primera guerra de África, los conflictos bélicos significaron para el desarrollo interior del arabismo y, a diferencia de lo que sucedía con los orientalistas europeos, para la escasa implicación de los arabistas españoles en la política africanista, vid. M.ª J. Viguera, «Al-Ándalus prioritario. El positivismo de Francisco Codera», *op. cit.*, pp. XXXIV-XXXV.

²⁶ E. Ibarra, «La conquista de Melilla», *La España Moderna*, VI, LXI (enero de 1894), pp. 121-140. El director propietario José Lázaro Galdeano, incluyó una nota señalando que el artículo debía salir en el número de diciembre «por esta causa ha perdido alguna actualidad». Polemizando con Rodrigo Amador de los Ríos por su trabajo publicado en *La Ilustración Española y Americana*, XI (20 de octubre de 1893), Ibarra otorgaba una posición central a la figura de Fernando el Católico en el desarrollo de la política africana española, concluyendo que los verdaderos causantes de la situación actual eran sus sucesores que no continuaron su «prudente conducta» y perdieron las ventajas de la misma, «merced a la incuria y abandono de la política austriaca» (p. 140).

²⁷ Ese año de 1894, en que Ibarra publicó su artículo, esta revista de alta cultura iniciaría un giro en su línea editorial, representado por los fichajes como colaboradores de Menéndez Pelayo y Unamu-

La realidad de la política exterior le estaba proporcionando las bases para compartir con el arabista los valores patrióticos del nacionalismo español. Un sentimiento nacional que, con un lenguaje henchido de conceptos del positivismo sociológico y prédicas regeneracionistas sobre el progreso de España, pretendía ser moderno y diferente del anterior por su mirada a Europa y su creencia en la naturaleza universal y cosmopolita de la ciencia. Más aún. Mientras el profesor valenciano se sentía totalmente integrado en el pequeño mundo de la inteligencia regional, pues, «El carácter aragonés, diáfano y transparente, se avenía muy bien con mis gustos personales, hasta el punto de creerme en Zaragoza como en mi propia tierra y de que en muchas personas arraigara la creencia de que soy aragonés»²⁸; bajo su influencia, el espíritu de Ibarra estaba evolucionando en todos los sentidos. Catedráticos nuevos, con idénticas referencias intelectuales, ambos quisieron resaltarlo hasta en su forma de vestir rompiendo con las estrictas normas académicas que exigían entonces la rigurosa etiqueta y el color negro. A este efecto, sirva como anécdota la descripción de su atuendo realizada por Juan Moneva:

Por aquellos mismos años, muchos antes y algunos después de 1895, cuando un Profesor Auxiliar, aun interino y gratuito, era hallado en la calle antes de la una o hacia las tres de la tarde con levita y sombrero de copa, los amigos le preguntaban a quién iba a suplir; aquel traje, poco frecuente en jóvenes, era inexcusable en todo universitario con inmediata función de su oficio, ya fuese cátedra, ya exámenes, ya Junta de Facultad o Claustro general. Don Julián Ribera y Tarragó, Catedrático de lengua árabe, gran figura de hombre en la cual caía bien todo traje solemne; pero sinceramente modesto y, además, valenciano; por modesto propendía a vestir sencillo; por valenciano, a vestir cómodo; tenía clase por la tarde; y se iba a la Universidad en traje gris, zapatos de color y sombrero blando; como lloviese o hiciese nuestro viento zaragozano raptor de sombreros, con boina; muy pronto lo siguió en esas prácticas Eduardo Ibarra; y, a la vez, un profesor en *utroque* —en Filosofía y Letras y en Derecho—, con vocación de *gentleman* ratificada luego en el propio Londres: Carlos Riba y García; también éste adoptó universitariamente los zapatos de color y el sombrero blando²⁹.

no, en un intento de «dar prioridad a los temas y autores nacionales»; reforzando, por otra parte, la presencia del grupo de Oviedo y los krausopositivistas, entre los que comenzaba a destacar el nombre de Rafael Altamira (*vid.* Raquel Asún, «El europeísmo de 'La España Moderna'», en Manuel Tuñón de Lara (ed.), *La España de la Restauración. Política, economía, legislación y cultura. I Coloquio de Segovia sobre Historia de España*, Madrid, Siglo XXI editores, 1985, pp. 469-487 (la importancia del año 1894, pp. 481-483); y «La editorial 'La España Moderna'», *Archivum*, XXXI-XXXII (1981-1982), pp. 133-199 (las relaciones con Menéndez Pelayo y Unamuno en las pp. 143-146). También, Juan Antonio Yeves Andrés, *La España Moderna. Catálogo de la editorial. Índice de las revistas*, Madrid, Libris (Asociación de Libreros de Viejo), 2002 (la colaboración de Ibarra, en la p. 363).

²⁸ Julián Ribera, «Contestación» a Eduardo Ibarra..., *ob. cit.*, p. 121.

²⁹ Juan Moneva y Puyol, *Memorias*, Zaragoza, Talleres de Artes Gráficas de «El Noticiero», 1952, p. 365.

Y es que, en todo ese tiempo, y después, era mucho lo que les relacionaba. Destacados ateneístas y prohombres ciudadanos los dos trabajaron la «moderna» historia siguiendo líneas paralelas. Desde su liberalismo y elitismo intelectual se enfrentaron a las cuestiones pedagógicas de su época con el mismo espíritu crítico y el deseo de regenerar su patria. Ambos afrontaron los problemas de su sociedad con la perspectiva ideológica que les suministraba su compromiso político conservador y les conduciría, con todas sus consecuencias, al maurismo. Profesionalmente hablando, fueron codirectores de la *Revista de Aragón*³⁰, compañeros de cátedra en Zaragoza³¹, colaboradores en ponencias, numerarios de la Universidad Central y académicos de la Historia. Lo que es más, ambos eran propietarios rurales y fervientes católicos destinados a intimar por sus gustos campesinos y su consideración de la fe religiosa como un elemento esencial de su personalidad. Un detalle, el primero, que sería registrado por Emilio García Gómez al recordar que Ribera:

Heredero de un modesto patrimonio rural, lo acrecentó y fue uno de los iniciadores en su tierra del cultivo comercial de la naranja. Se puede decir que trabajaba sus campos desde un caserón de la madrileña calle de la Luna, esquina a la Ancha, donde vivía, pues de allí escribía a su mayoral, casi analfabeto: «Cava por aquí y sulfata por allá». Pero llegado el momento de vender la cosecha a los comerciantes —«alforrochando», es decir, calculándola sobre los árboles— ningún agricultor residente vendía en muchas leguas a la redonda hasta que don Julián, el sabio de Madrid, personado a este efecto, no fijaba el precio, que era el que hacía ley³².

³⁰ Ribera recordaría así la situación: «Ibarra había acariciado de antiguo el propósito de publicar la *Revista de Aragón*. Miguel Asín, Alberto Gómez y yo le ofrecimos nuestra ayuda, con la cual no quiso contentarse, y exigió que ambos, él y yo, dirigiéramos la revista» («Contestación» a Eduardo Ibarra..., ob. cit., p. 124). Además de la codirección, Ribera se hizo cargo de la sección de Pedagogía de la revista, donde le sustituiría Ibarra por las «dolorosísimas pérdidas en su familia, que motivaron en V. forzoso alejamiento de las tareas científicas» (Eduardo Ibarra, «Prólogo-dedicatoria. Sr. D. Julián Ribera Tarragó», *Meditemos...*, ob. cit, p. VI).

³¹ Suprimida, en 1903, la Cátedra de Lengua Árabe de Zaragoza, Ribera pasó a impartir la de Historia Universal —vacante por fallecimiento de Cosme Blasco y Val— hasta su traslado a la Central. Contra esta supresión se manifestaría Ribera en las páginas de la *Revista de Aragón* y en artículos de la prensa local, en los cuales no dudaría en introducir una crítica general al centralismo educativo y, en particular, a la Universidad de Madrid que, «es cabalmente la que tiene más agravados todos los vicios y corruptelas de la enseñanza española», Ribera en «Supresión de una Facultad. Por la Universidad de Zaragoza (Interview con el Sr. Ribera, catedrático de esta Universidad», *Diario de Avisos de Zaragoza*, 9.624 (martes 14 de noviembre de 1899), p. 1. Opiniones que mantendría su amigo Ibarra en ese mismo diario, «Supresión de una Facultad. Por la Universidad de Zaragoza», *Diario de Avisos de Zaragoza*, 9.627 (viernes 17 de noviembre de 1899), p. 1; y 9.628 (sábado 18 de noviembre de 1899), pp. 1-2.

³² Emilio García Gómez, «Prólogo a esta edición», Julián Ribera y Tarragó, *La música árabe y su influencia en la española*, Madrid, Editorial Mayo de Oro, 1985, p. 5. Se trataba de un sentimiento campesino y apego a la tierra que, como recordaría Ibarra, también cultivó a lo largo de su vida el maestro Francisco Codera (vid. «Prólogo» a *¿Por qué inició Castilla la colonización española en América?...*, ob. cit., p. 7, y «Aragoneses ilustres. Don Francisco Codera», *El Noticiero. Diario político independiente*, 5.487 [martes 13 de noviembre de 1917], p. 3).

La decisión de Ibarra de poner el nombre de África a su segunda hija, precisamente en homenaje a Ribera, resume en sí misma la historia emocional de la relación entre dos hombres semejantes³³. Años después, cuando Ribera murió, Eduardo Ibarra confió a Mariano Baselga su dolor nutrido de recuerdos y de preocupación por su familia:

Ayer tarde, en la tertulia de casa de Osmá, nos dieron Asín y [Ramón García] Linares, ya de vuelta de Carcagente, noticias del entierro, enfermedad y muerte de D. Julián. Había tenido algunos ataques nefríticos y hasta sospechaban los médicos que un principio de cáncer en la vejiga: con los 76 años suelen salir esas cosas u otras parecidas. Tuvo un enfriamiento, y tras de él la uremia y el fin; murió entero y cristianamente; conoció a Asín y Linares y acabó su vida rodeado de su familia ¿qué otro fin podemos desear? El entierro fue una manifestación de duelo importante; precisamente en Valencia le preparaban un homenaje; en fin otro de los buenos y antiguos amigos que desaparecen. Su hijo mayor reside en Valencia y vive en la Plaza de Cisneros, 6; es Julianet ¿te acuerdas? está el pobre diabético y molesto con ello; tu proveedor de naranjas Pepito Ribera, tan gordo ¿te acuerdas? está el pobre casi ciego curándose de ello en Barcelona; el otro hijo de D. Julián, Vicente, vive en Puebla Larga y la hija soltera Trinidad, vivía con el padre³⁴.

Colocado apenas un escalón más bajo que la figura de su padre Clemente, el afecto de Ibarra respecto a Ribera se mantuvo inalterable hasta su autobiografía final.

EL TIEMPO DE LAS «ESCUELAS HISTÓRICAS»: IBARRA Y LA TRIBU DE LOS BANU CODERA

De todos modos, una de las razones por las cuales el retrato idealizado de Ribera permaneció intacto en la memoria de Eduardo Ibarra se debía a las huellas dejadas en su vida por los seguidores del catedrático de Lengua Árabe. Entretejidas con sus experiencias personales y estrategias historiográficas, las relaciones con Codera y Ribera se hicieron más densas conforme aumentaba el número de sus discípulos arabistas. Al principio, por la familiaridad que le proporcionaba la edad y el estrecho contacto con los más destacados alumnos de Zaragoza, que pronto se harían famosos como miembros de la «escuela aragonesa». Título acuñado por el propio Ribera cuando, en palabras dirigidas al ministro Pidal y al director general de Instrucción Pública, Eduardo de Hinojosa, defendió su logros y estableció las características «raciales» de sus cultivadores:

³³ María África Ibarra nació en Zaragoza el 5 de marzo de 1904 y murió en la Clínica Moncloa de Madrid el 24 de febrero de 1996. Doctora en Filosofía y Letras, fue facultativa del Cuerpo de Archivos, Bibliotecas y Museos, destinada en la Biblioteca de la Real Academia. Por otra parte, en enero de 1914, Ribera volvió a Marruecos, comisionado por el Gobierno para estudiar la situación de la enseñanza, recorriendo Larache, Alcázar, Arcila, Tánger y Tetuán.

³⁴ Carta de Eduardo Ibarra a Mariano Baselga Ramírez (Madrid, 8-5-1934).

Sabe que los estudios arábigos exigen de la persona que desee profesarlos cualidades especiales, fuerza de voluntad que no se arredre por largos años de duro é ímprobo trabajo, ni le aparten de su objetivo las tentaciones de la vanidad, muy extendida en la juventud de algunos centros, que desea brillar y lucirse en el menor esfuerzo posible; y una inteligencia capaz de ser disciplinada donde no predomine la imaginación siempre díscola y versátil. Estas cualidades son las que distinguen el carácter aragonés³⁵.

Con el correr de los años, después de que el núcleo director se hubiera trasladado a Madrid y cuando los más sobresalientes del «grupo de los ‘árabes’» de la primera hora zaragozana habían ampliado el círculo con el reclutamiento de quienes constituirían la segunda generación de arabistas españoles, Ibarra simpatizó con estos últimos con la naturalidad fraternal del hermano mayor que se reconoce en la tribu de los «Banu Codera» (los «hijos» de Francisco Codera)³⁶.

Al lado de los primeros había aprendido el oficio de historiador: «Poco a poco —escribió en 1935—, el contacto espiritual con el grupo de arabistas formado alrededor del catedrático de Árabe de la Universidad zaragozana D. Julián Ribera, me había ido aficionando a la investigación histórica y al conocimiento de las disciplinas auxiliares indispensables para practicarla: ellos formaban grupo aparte cultivando su especialidad; yo vagaba solitario casi, tratando de aplicar estos conocimientos a la Historia de Aragón, abandonados ya, mis primeros escarceos americanistas y colombinos»³⁷. Y, con ellos, pudo observar desde sus inicios el complejo proceso de construcción de una escuela histórica.

Fraguado en el contexto internacional de formación de las comunidades de historiadores profesionales³⁸, fue un fenómeno característico y general a la historio-

³⁵ Julián Ribera, «Supresión de una Facultad...», ob. cit., p. 1. Desde la consideración de Codera como «gefe de la escuela aragonesa», Ribera mencionaba los puestos que, a la altura de 1899, ocupaban diferentes miembros del grupo: 4 de las 6 cátedras universitarias existentes y diferentes puestos en el Museo Arqueológico, el Archivo Histórico Nacional y el de la Corona de Aragón.

³⁶ Una extensa relación de alumnos y discípulos que alcanza hasta la década de los noventa del pasado siglo XX en José Valdivia, ob. cit., pp. 79-93. La afirmación de que esa escuela «hoy se puede dar por extinguida (afortunadamente) en cuanto relación paterno-filial», en Maribel Fierro, «Idealización de al-Andalus», *Revista de Libros*, 94 (octubre de 2004), p. 4.

³⁷ Eduardo Ibarra, «En recuerdo de D. Manuel Serrano Sanz», en *El erudito español D. Manuel Serrano Sanz (Notas bio-bibliográficas, apuntes sobre su personalidad, impresiones y recuerdos...)*. Como contribución al homenaje que le rinde la ciudad de Sigüenza el 28 de julio de 1935, consagran este libro a la memoria del sabio alcarreño, sus admiradores F. Layna Serrano, J. M.^o Benavente, E. Cotarelo, L. Cordavías, E. de Ibarra, F. Gil Ayuso, J. M.^o Ramos Loscertales, M. Lasso de la Vega (marqués del Saltillo), J. de Entrambasaguas, M. Abizanda, H. Yaben, P. Galindo, R. Catalina, A. Millares, M. Artigas, C. Pereyra, J. F. Yela Utrilla y A. Rodríguez Moñino, Madrid, Nuevas Gráficas, 1935, pp. 99-100.

³⁸ Exceptuando el caso alemán —verdadero adelantado y convertido, a partir de la década de 1870, en el modelo a seguir por los diferentes países—, en Francia, España, Gran Bretaña o los Estados Unidos el proceso se inició de forma más o menos paralela en el período de entresiglos, con la apari-

grafía universitaria española del primer tercio del siglo XX, directamente relacionado con la aparición del concepto de *especialidad* y la configuración en nuestro país de la *profesión de historiador*. De entrada, esta condición socio-profesional suponía la doble tarea de llenar de contenidos, al tradicional y ya vacío, modelo de historiador decimonónico y, por extensión, al sistema de comunidad académica, surgido en la década de los cuarenta y consolidado en el período de la Restauración. Lo cual implicaba, a la vez, una paulatina transformación del campo universitario que, con su mezcla de estrategias intelectuales, afinidades afectivas, solidaridades académicas, sociologías de la fama, relaciones políticas y mecanismos institucionales, puede describirse en términos de cooptación clientelar y proyección de unos modos de vida imitables, promovidos por las aspiraciones de una serie de autoridades elevadas a la categoría de padres-fundadores.

Una suma de elementos que también se pueden explicar en sus aspectos culturales por la diversificación de intereses disciplinares y la creación de nuevas áreas de investigación. Espacios distintos y, a la par y de manera no menos característica, profundamente homogeneizados por una concepción paradigmática del conocimiento científico del pasado. De tal suerte que, sin llegar a la iconoclastia en el tratamiento de lo consagrado por la tradición, esta forma colectiva de pensar la historia desbordaba el plano de lo específico —e incluso avanzaba los límites geográficos de lo nacional— para reconocerse en un discurso teórico común y un conjunto de prácticas y referencias idénticas³⁹. Más adelante volveré con algún detalle sobre este tema. Por ahora, conviene, de igual modo, no olvidar que si bien algunos puntos de arranque del proceso, aparecen garrapateados en la cartografía periférica de Oviedo, Zaragoza, Granada y Barcelona, desde principios de siglo, la representación topográfica del «plano de las escuelas universitarias» (de los arabistas y los prehistoriadores, los filólogos, los medievalistas o los historiadores del derecho) quedará fijado en el centro y organizado por Madrid. Como tantas veces había sucedido a lo largo de la anterior centuria, la incesante capacidad fagocitadora de la capital, volvería a ser utilizada para alimentarse de los recursos humanos y materiales de sus alrededores y, al mismo tiempo, para comunicar a las

ción de profesores universitarios empeñados en hacer de la Universidad un ámbito donde se desarrollase la «historia científica», que sirviera además de orientación para la enseñanza de la Historia.

³⁹ Como ha escrito Miquel A. Marín Gelabert, «el marco conceptual de la profesionalización historiográfica ha sido diseñado en torno a los problemas de la definición de *comunidad* como grupo social cuyas estrategias de *socialización externa* les presentan ante la sociedad como un colectivo profesional distintivo y, a la vez, remiten a *estrategias de socialización interna* que permiten su reproducción como grupo. En este sentido, el marco estructural definido para la comunidad de historiadores en España en el siglo XX vendría delimitado por las instituciones, sus órganos de expresión, canales y circuitos de ideas, las normas propias de la comunidad (de ordenación académica, de actuación científica y de comportamiento disciplinar) y por las mismas ideas que circulan (origen, confrontación, reproducción y renovación)» (*Los historiadores españoles en el franquismo, 1948-1975. La historia local al servicio de la patria*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2005, p. 23, nota 20).

provincias las formas y dimensiones, los usos y hábitos académicos de la *profesionalización*⁴⁰.

A Ibarra ningún trabajo le costaba, en efecto, recordar los nombres de Pano, Baselga, Sánchez Bruil, Asín, Gómez Izquierdo, Gaspar Remiro, Pons y Boigues, García de Linares o Giménez Soler⁴¹. Sobre todo el del sacerdote Miguel Asín y Palacios. Cinco años más joven que él, había obtenido toda una serie de éxitos intelectuales desde su tesis defendida en 1896 y en la que intentaba «comprender y reconstruir las grandes vías por las cuales el cristianismo y el islam se habían influido y conformado mutuamente»⁴². También, el del abanderado neoescolástico, mosén Alberto Gómez Izquierdo, que siempre mantuvo vivo su interés por lo árabe⁴³. E, incluso, de los dilatados paisajes de su memoria, podía recuperar el nombre de Francisco Pons que murió prematuramente y fue el único no aragonés de la sociedad inicial. Un meticuloso bibliógrafo valenciano ganador del premio de la Biblioteca Nacional de 1893 por su *Ensayo bio-bibliográfico sobre los historiadores y geógrafos arábigo-españoles*, dedicado «Al distinguido maestro y excelente amigo D. Julián Ribera y Tarragó»⁴⁴.

⁴⁰ La imagen fagocitadora de la capital en José-Carlos Mainer, «La creación de un centro: Madrid, capital del siglo XIX», en Humberto Baquero Moreno, Bartolomé Bennassar, José Miguel López García y José-Carlos Mainer, *Capitales y corte en la historia de España*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2003, p. 109.

⁴¹ A su lado, en este primer y heterogéneo núcleo, donde se trataba de buscar amigos y posibles discípulos participaron también eruditos aficionados como Mariano de Pano, el profesor de Agricultura del Instituto, Mariano Sánchez Bruil, Mariano Baselga, «el gran don Pablo Gil» y, años después, el turisónense Ramón García de Linares y López (*vid.* E. Ibarra, «Prólogo a *Por qué inició Castilla...*», *ob. cit.*, p. 8, y Juan Moneva, «Eduardo Ibarra...», *ob. cit.*, pp. 144-145).

⁴² *Vid.* Francisco Rodríguez Mediano, *Pidal, Gómez Moreno, Asín. Humanismo y progreso, romances, monumentos y arabismo*, Madrid, Nivola, 2002, p. 124. El encuentro con Ribera, su carrera como investigador y el análisis pormenorizado de sus obras en José Valdivia, *ob. cit.*, pp. 20-36 y 95-178. Junto con estos libros citados, mencionaré el monográfico dedicado a Miguel Asín (Zaragoza, 5-7-1871/San Sebastián, 12-8-1944), en el cincuenta aniversario de su muerte publicado por la revista de filosofía de la UNED, *Éndoxa*, 6 (1994), y por su testimonio de recuerdo las páginas de Manuel Cruz Hernández, *op. cit.*

⁴³ Alberto Gómez Izquierdo (Samper del Salz [Zaragoza], 1870/Granada, 7-2-1930). Tras iniciar su formación en Andorra (Teruel) con un hermano suyo sacerdote, en 1886, pasó al Seminario de Zaragoza, simultaneando los estudios eclesiásticos con los de Filosofía y Letras, donde fue discípulo de Ribera y de Antonio Hernández Fajarnés que le dirige hacia la filosofía. Ordenado sacerdote en 1894, fue cura ecónomo de La Puebla de Alfindén, y a partir de 1896 profesor de Filosofía en el Seminario de Zaragoza. Doctor en Filosofía y Letras por la Central, obtuvo la Cátedra de Lógica en Granada. Gran amigo de Miguel Asín a quien dedicó su artículo, «Estudios de Asín Palacios sobre la Filosofía musulmana», *La ciencia tomista*, X (1914), pp. 277-306. Junto con él, dirigió la sección de Filosofía de la *Revista de Aragón* (utilizó el seudónimo de «Dr. Grafilinks») y de *Cultura Española*. Su trayectoria en la voz «Gómez Izquierdo, Alberto», que le dedica Gonzalo Díaz Díaz, *Hombres y documentos de la Filosofía española*, Madrid, CSIC, Centro de Estudios Históricos, Instituto de Filosofía «Luis Vives», 1988, vol. III, pp. 526-527); y el capítulo de Jorge M. Ayala Martínez, *Pensadores aragoneses. Historia de las ideas filosóficas en Aragón*, Zaragoza, IFC, 2001, pp. 572-591.

⁴⁴ Francisco Pons Boigues (Carcagente [Valencia, 3-11-1861/Madrid, 1899). Durante sus estudios de Teología en el Seminario de Valencia (1875-1882), conoció y obtuvo la protección de José Ribera,

Con el reconocimiento explícito por parte de Ibarra de su deuda con Ribera, sus relaciones con estos íntimos (lo mismo que con algunos otros) fueron mutuamente beneficiosas. En aquellos primeros tiempos, buscó su colaboración en sus proyectos editoriales. Y, como el amigo fiable y dispuesto que era, sintió la hostilidad del ofendido y el desencanto provocado por la desertión del «herético» Andrés Giménez Soler⁴⁵. Este último era un oficial del Facultativo de Archivos de quien Ribera había escrito, «que si en el Archivo de la Corona de Aragón (que se halla en Barcelona) hay quien pueda descifrar la magnífica colección diplomática que allí se ha conservado desconocida é inédita (¡vergüenza de nuestra nación!) es por un alumno de nuestra escuela»⁴⁶. Sin embargo, esta relación se marchitó cuando Giménez Soler cometió la equivocación de publicar un largo artículo en el que tomaba como blanco de sus críticas la «teoría de la imitación» expuesta por Ribera en los *Orígenes del Justicia*⁴⁷. Podemos figurarnos los motivos que llevaron al archivero-historiador a defender sus conclusiones y reconocer su incompatibilidad con las señaladas por Ribera, al citar por extenso la advertencia que abría el trabajo:

padre del maestro arabista. Sin llegar a ordenarse inicia la carrera de Derecho y se traslada a Madrid a casa de Julián Ribera quien le enseñó árabe y le puso en contacto con Codera. Licenciado en Filosofía y Letras, ingresa, por oposición, en el Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Anticuarios (1886), prestando sus servicios en el Archivo de Alcalá de Henares y el Histórico Nacional. Colaborador de la *Colección de Estudios Árabes* dirigida por Ribera con la traducción y prólogo de *El filósofo autodidacto* de Ibn al-Tyfayl, publicó numerosos artículos en *El Archivo*, la *Revista Contemporánea* o el *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones*. Su *Ensayo bio-bibliográfico sobre los historiadores y geógrafos árabe-españoles*, apareció en Madrid, Estab. Tip. de San Francisco de Sales, 1898 (reed. fac-símil, Madrid, Biblioteca Nacional-Ollero & Ramos, 1993). Severino Aznar en su retrato de Codera, apuntaba que con los datos recopilados por el maestro arabista en más de 50.000 papeletas, «y casi exclusivamente con ellos», escribió Pons esta obra (*Impresiones de un demócrata cristiano*, Madrid, Editorial Bibliográfica Española, 1950, p. 361; fechada en noviembre de 1917, la semblanza necrológica en las pp. 350-361). Sobre Pons, *vid.* Manuela Manzanares de Cirre, ob. cit., pp. 189-194; y Juan Delgado Casado, *Un siglo de bibliografía en España. Los concursos bibliográficos de la Biblioteca Nacional (1857-1953)*, Madrid, Ollero y Ramos Editores, 2001, II, pp. 702-710.

⁴⁵ Hijo de un alpargatero carlista, Andrés Giménez Soler (Zaragoza, 10-11-1869/Zaragoza, 29-9-1938), estudió en las escuelas gratuitas de los Escolapios y con becas el bachillerato y la licenciatura en Filosofía y Letras por la Universidad de Zaragoza (17-2-1892). Miembro del Cuerpo Facultativo de Archiveros (14-1-1893), destinado en el Archivo de la Corona de Aragón, se doctoró en Letras por la Central con la tesis «El poder judicial en la Corona de Aragón» (24-5-1895). Académico de la de Buenas Letras de Barcelona (1899), apadrinado por Eduardo de Hinojosa, ganó la oposición a la Cátedra de Historia Antigua y Media en la Universidad de Sevilla (3-5-1905), trasladándose tres meses después a la de igual denominación en Zaragoza. Durante los diez últimos años de su vida impartió, con carácter voluntario, la de Lengua Árabe. Liberal en política, fue un militante aragonésista (perteneció a La Unión Aragonesa y a la Unión Regionalista Aragonesa), gobernador civil de Gerona (1917-1918), durante la Guerra Civil apoyó al bando franquista (*vid. Expediente Académico Personal*, AGA, Sec. Educ. y Ciencia, Legajos 794-44 y 9569-3; y *s.v.*, «Giménez Soler, Andrés», *DHEC*, pp. 301-302).

⁴⁶ Julián Ribera, «Supresión de una Facultad. Por la Universidad...», ob. cit., p. 1.

⁴⁷ Andrés Giménez Soler, «El Justicia de Aragón ¿es de origen musulmán?», *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 4 (abril de 1901), pp. 201-206; 7 (julio de 1901), pp. 454-465; 8-9 (agosto-septiembre de 1901), pp. 625-632.

Cuando hace cuatro años publicó D. Juliano (sic) Ribera su obra *Orígenes del Justicia de Aragón*, sosteniendo ser este magistrado imitación ó copia de un funcionario musulmán, mantuve con él animada correspondencia negando que hubiese tal copia: primero, porque el autor había exagerado las influencias árabes en Aragón, y segundo, porque no siendo el Justicia bastante conocido, no podía comparársele con otro magistrado sin correr riesgo de deducir de la comparación consecuencias falsas, por ser falso uno de los términos. El respeto que el autor me merece por haber sido maestro de árabe, y maestro cariñoso, y la amistad que con él me une desde que dejé los bancos de su cátedra, hanme impedido dar á luz estas cuartillas, reflejo de mis opiniones acerca de la materia, y ni aun ahora lo haría sin su expresa excitación, pues prefiere á su amor propio el esclarecimiento de la verdad; rasgo notabilísimo, no muy común entre los hombres de letras, y que me complazco en consignar, tanto por engrandecerlo como por excusar el haberme puesto enfrente del que fue, es y será maestro mío muy querido⁴⁸.

Pero la cordialidad del saludo no ocultaba la dureza del golpe. De inmediato Ribera se disgustó con las observaciones que significaban la revisión pública de sus teorías. Como historiador se negó a tomar en cuenta la conjetura de que su tesis sobre el Justicia no estaba en absoluto tan fundamentada. Y, como maestro arabista, se mostró implacable en su rechazo de la disidencia «intelectual» de un alumno de su escuela. Por su parte, los seguidores aragoneses de Ribera tampoco estaban dispuestos a perdonar, y no digamos ya a olvidar. Giménez Soler fue «excomulgado ‘de los moros’», expulsado de la *Revista de Aragón*, «pues no me la envían como colaborador y cuando les pregunté si admitirían un trabajo mío, me contestaron con evasivas»⁴⁹, y su carrera «se desplazó hacia lo medieval hispano (de los cristianos)»⁵⁰. Finalmente, debieron transcurrir más de tres décadas de aquel desagradable asunto para que, en un párrafo amistoso pero un tanto condescendiente, Ibarra reconociera los valores profesionales de Giménez Soler. No obstan-

⁴⁸ Andrés Giménez Soler, art. cit., p. 201.

⁴⁹ Carta de Andrés Giménez Soler a Gabriel Llabrés (Barcelona, 20 de abril de 1903). Dos meses más tarde, volvería a describir su situación al catedrático de Geografía e Historia mallorquín y director, por entonces, de la *Revista de Huesca*: «Más debo prevenirle por lo que pueda convenirle para los fines editoriales que publicar algo mío es pedir a la *Revista de Aragón* (la mejor de España, según Elías de Molíns) que guarde silencio respecto a la de Huesca y lo harán con el mayor punto» (Carta de Andrés Giménez Soler a Gabriel Llabrés [Barcelona, 25 de junio de 1903]). Las dos cartas están recogidas en mi libro *El mundo erudito de Gabriel Llabrés y Quintana*, Palma de Mallorca, Ayuntamiento de Palma, 1992, p. 57.

⁵⁰ Pascual Galindo, al recordar los maestros de Giménez Soler, señalaría que: «Detestaba la Filosofía tal como se la presentaban; se aficionó a las *cosas* de D. Pablo [Gil y Gil]; Ribera le imprimió carácter, aunque luego se hubieran de distanciar tanto. Por él fue arabista, aunque no llegó a ser «de los arabistas», escuela y cenáculo, consejo y compañía, que surgió en la ciudad del Ebro, donde orientó y despertó fecundas direcciones, para trasladarse luego íntegra a Madrid. Giménez Soler, cismático o excomulgado «de los moros», se desplazó hacia lo medieval hispano (de los cristianos), pero por la dirección en él impresa por Ribera, por medio documental o por reacción, nunca olvidó lo árabe» («Giménez Soler», *Universidad*, 2 [julio-diciembre, 1938], p. 422).

te, consideró adecuado no borrar el pasado y recordar que, «caminaba yo por la misma senda y así anduvimos, mezclados, sin confundirnos»⁵¹.

Fue pasando el tiempo y a través de las vicisitudes que trajeron los años, Eduardo Ibarra vivió el exitoso proceso de formación y asentamiento institucional del grupo arabista en la nueva comunidad historiográfica. Sintió el traslado de Ribera a una cátedra de doctorado de Madrid⁵², participó de la apasionada adhesión a la persona de Codera⁵³ y justificó el peculiar modelo de relaciones paterno-filiales establecido por los «jefes». Un modelo que nos permite comprender mejor el repudio de Giménez Soler al estar basado en la amistad sin resquicios y la extrema lealtad generadas por los impulsos académicos, apoyos emocionales, y aun domésticos, de los maestros respecto a sus más cercanos discípulos. En este sentido, de la misma manera que el malogrado Pons y Boigues, residió durante sus años de estudiante en Madrid en el domicilio de Ribera, en la capital

Miguel Asín vivió en la misma casa de Francisco Codera, y allí continuó siempre, incluso tras la muerte de su maestro. Con el tiempo, esa misma casa se convertiría en la sede de la Escuela de Estudios Árabes de Madrid, conjugando en una sola vivienda la casa particular y el local de estudio. Quienes la frecuentaron, recuerdan una gran mesa de billar que, además de para el juego, servía a Asín como mesa de trabajo, convenientemente cubierta con una gran tabla⁵⁴.

A partir de ahí, las satisfacciones derivadas de esta íntima compenetración de los hombres les llevaría a utilizar las rendijas del sistema universitario para asegurar la unidad y la reproducción de la escuela desde Madrid. Como era de esperar, Asín y Palacios fue el primero de los elegidos que apareció en la capital para ocupar la Cátedra de Lengua Árabe vacante, por la jubilación voluntaria de Codera, en 1903. Este servicio a la causa arabista sería repetido por Ribera, en 1927, al solicitar el retiro anticipado para colocar al frente de la de Literatura árabe-española

⁵¹ E. Ibarra, «En recuerdo de D. Manuel Serrano Sanz», ob. cit., p. 100.

⁵² Julián Ribera se trasladó en 1905, por concurso, a la cátedra de doctorado de Historia de la Civilización de Judíos y Musulmanes de la Universidad Central. En 1913, la cátedra cambió de nombre, pasando a denominarse Literatura árabe-española.

⁵³ Eduardo Ibarra contribuyó con un pequeño trabajo, «al homenaje tributado al insigne arabista aragonés mi muy querido y respetable amigo D. Francisco Codera [...], ilustre persona á quien se quiere honrar, digna por tantos títulos de ello, por ser ejemplo de laboriosidad, amor á la ciencia y talento puesto al servicio de la investigación de nuestra historia patria» («Cristianos y moros. Documentos aragoneses y navarros», *Homenaje a D. Francisco Codera en su jubilación del profesorado. Estudios de erudición oriental*, con una introducción de D. Eduardo Saavedra, Zaragoza, Mariano Escar, Tipógrafo, 1904, pp. 79 y 81). Más adelante, se encargaría de hacer su necrológica para la prensa local, «Aragoneses ilustres. Don Francisco Codera», ob. cit.; y de firmar en nombre de «sus discípulos y amigos», las 14 páginas del cuadernillo que éstos le dedicaron a su muerte.

⁵⁴ Fernando Rodríguez Mediano, ob. cit., p. 125. Por su parte, José Valdivia utiliza los recuerdos de Elías Teres Sádaba para citar esa mesa, «santuario del arabismo de entonces», donde trabajaban Asín, su sobrino Jaime Oliver Asín —futuro director de la Escuela de Estudios Árabes de Madrid, en 1958— y Emilio García Gómez (ob. cit., p. 77).

a su auxiliar Ángel González Palencia. Y lo continuaría Miguel Asín, al utilizar la misma solución burocrática para que, en 1934, Emilio García Gómez «heredara su cátedra en Madrid»⁵⁵.

MADRID, EL CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS Y LA PROFESIONALIZACIÓN DE LA HISTORIA

Mientras tanto, Eduardo Ibarra y Julián Ribera se volvieron a encontrar en Madrid después de nueve años de separación universitaria. Desde el observatorio privilegiado de la cátedra y la cercanía familiar, Ibarra siguió con el interés del corresponsal el peregrinaje de los maestros y del puñado de discípulos arabistas. Un grupo que, a través de las cátedras universitarias y el Facultativo de Archiveros, la conquista de las grandes Academias⁵⁶ y el ascenso al primer plano de la investigación desde el Centro de Estudios Históricos y las Escuelas de Estudios Árabes de Madrid y Granada, estaba contribuyendo a hacer la historia del arabismo⁵⁷. En todo momento, demostró ser un estrecho aliado de quienes le introdujeron en el ambiente de las tertulias madrileñas⁵⁸. Al cabo, fueron ellos también quienes pusie-

⁵⁵ Emilio García Gómez, después de recordar que desde «octubre de 1924 entraba ya en su casa como en la mía», precisará, «En 1934 aceptó una solución burocrática, no del todo de su gusto, para que yo heredara su cátedra en Madrid», cerrando su oración necrológica con la frase: «Me quería como a un hijo y yo a él como a un padre. Como a tal le lloraré siempre» («Don Miguel Asín, 1871-1944. Esquema de una biografía», *Al-Andalus*, IX, 2 [1944], p. 291). Una primera aproximación a la bio-bibliografía de García Gómez (Madrid, 4-6-1905/Madrid, 31-5-1995), en la voz del *DHEC*, pp. 278-279.

⁵⁶ Ribera ingresó como académico de número de la RAE, con el discurso «Estudio del Cancionero de Abencuzman», *Discursos leídos ante la Real Academia Española en la recepción pública del señor don —, el día 26 de mayo de 1912*, Madrid, Estanislao Mestre, 1912 (contestación de Alejandro Pidal y Mon). Propuesto para numerario de la RAH por Codera, Fernández de Béthencourt, Altolaquirre y Vives Escudero, para ocupar la vacante por fallecimiento de Eduardo Saavedra, ingresó, el 6 de junio de 1915, con el discurso «Huellas que aparecen en los primitivos...», ob. cit. Por su parte, Miguel Asín, que era académico de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas desde 1914, en 1919 ingresó en la RAE (sería nombrado director en 1943) y, cinco años más tarde, leyó su discurso de ingreso en la RAH.

⁵⁷ Las Escuelas de Estudios Árabes se fundaron por ley votada en las Constituyentes el 27 de enero de 1932 (*Gaceta* del 4 de febrero), siendo nombrados directores, de la de Madrid, Julián Ribera (le sucedió Miguel Asín), y de la de Granada, Emilio García Gómez (*vid.* José Valdivia, ob. cit., pp. 79-80). Al respecto, quizás sea interesante apuntar que tras la caída de la dictadura de Primo, el «tiempo de las escuelas históricas» alcanzó su máximo apogeo institucional (tanto en lo que hace referencia a la Universidad como a centros de investigación). Impulsado primero por un hombre del Centro de Estudios Históricos, el conservador y maurista, Elías Tormo y, más tarde, por algunos ministros republicanos.

⁵⁸ Presentado por Ribera y Asín, Ibarra se convirtió en un asiduo de la importante tertulia que, desde principios de siglo y todos los domingos, celebraba Joaquín Guillermo de Osmá y Scull (1853-1922), en su casa de la calle Fortuny de Madrid, donde acudían algunos de los más importantes historiadores e intelectuales de la época (junto a Ribera y Asín, entre los contertulios asiduos se encontraban Antonio Vives Escudero, Manuel Gómez-Moreno, José Ramón Mélida, el duque de Alba, Gabriel Maura, el duque de la Torre, el conde de las Navas, Elías Tormo o Ramón Menéndez Pidal). Más adelante, la casa fue ampliada para albergar el Instituto de Valencia de don Juan creado, en 1916, con su

ron a su disposición la red de relaciones que le facilitaron obtener el cargo de profesor en la Academia Universitaria Católica⁵⁹. Y, poco después, le permitirían alcanzar la gloria académica de la Historia al ser elegido, en junio de 1919, para cubrir la medalla 8, vacante por fallecimiento de Eduardo de Hinojosa⁶⁰.

Siendo un historiador modernista por profesión, Ibarra fue un arabista de «consejo y compañía» que, ante la imposibilidad de crear su propia escuela de historia aragonesa⁶¹, no tuvo ningún inconveniente en utilizar sus vínculos con la cofradía para impulsar la carrera de alguno de sus escasos discípulos zaragozanos como fue Pedro Longás⁶². Y, por supuesto, tampoco lo tendría a la hora de cerrar filas junto

importante colección de arte y del que sería patrono Miguel Asín. El anfitrión, yerno de Juan Crooke y Navarrot (conde de Valencia de don Juan), fue ministro de Hacienda en dos de los gobiernos presididos por Antonio Maura (5-12-1903/16-12-1904; 25-1-1907/23-2-1908). Un apunte sobre esta tertulia en Margarita Díaz-Andreu, «Mélida: génesis, pensamiento y obra de un maestro», estudio preliminar a José Ramón Mélida, *Arqueología española*, Pamplona, Urgoiti Editores, 2005, pp. LXXII-LXXIII.

⁵⁹ La Academia Universitaria Católica fue fundada en 1908, promovida por el obispo de la diócesis de Madrid-Alcalá, José María Salvador y Barrera (Marchena, 1-9-1851). Obispo de Tarazona (1902-1905) y numerario de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, ingresó en la de la Historia, el día 1 de marzo de 1914, disertando sobre *El padre Enrique Flórez y su España Sagrada*. Arzobispo de Valencia, preconizado el 7 de diciembre de 1916, falleció en Vigo el 4 de septiembre de 1919, siendo trasladados sus restos a la catedral de Valencia (*vid.* Juan Pérez de Guzmán y Gallo, «El arzobispo de Valencia, excelentísimo e ilustrísimo señor don José María Salvador y Barrera», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, LXXV (1919), p. 356; y marqués de Siete Iglesias (Antonio Vargas Zúñiga), «Real Academia de la Historia. Catálogo de sus individuos. Noticias sacadas de su Archivo. I. Académicos de número», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 176, III [septiembre-diciembre, 1979], pp. 511-512).

⁶⁰ Ibarra había sido propuesto para académico correspondiente en Zaragoza el 21 de noviembre de 1912 por Juan Pérez de Guzmán y Gallo, Rafael Ureña, el conde de Cedillo y Vicente Vignau, siendo admitido como tal en Junta de 3 de enero de 1913. Propuesto por primera vez para numerario el 11 de octubre de 1918, por Eduardo de Hinojosa, Antonio Vives y José Ramón Mélida, para ocupar la vacante dejada por D. Julian Juderías, fue derrotado por 17 votos contra 10 por el P. D. Luis Calpena. Propuesto por segunda vez para cubrir la vacante en la medalla 8, por fallecimiento de Hinojosa, por Vives, Mélida, Ribera, Bécker y Gómez Moreno el día 13 de junio de 1919, fue elegido en Junta de 27 de junio del mismo año, por 24 votos (*vid.* *Expediente Académico de la Historia de D. Eduardo Ibarra y Rodríguez*, Archivo de la Real Academia de la Historia [s. f.]).

⁶¹ Por diversos motivos, Ibarra no pudo en Zaragoza culminar su proyecto de crear una escuela de historiadores dedicados a la historia de Aragón. De hecho, junto a Pedro Longás, quizás el único que puede considerarse como su discípulo zaragozano fue Carlos Riba García. Años después, el modelo disciplinar de «escuela histórica» lo volvería a intentar reproducir en Madrid con investigadores de la historia de la economía social.

⁶² Pedro Longás Bartibás (Tauste [Zaragoza], 1-7-1881/Madrid, 1968). Tras cursar el bachillerato en los Institutos de Zaragoza y Huesca, ingresa en el Seminario de la capital oscense, siendo ordenado sacerdote en 1904. Licenciado en Filosofía y Letras por la Universidad de Zaragoza (1903-1907), se doctora en la Central con la tesis, *Breves páginas de la historia de Aragón: Ramiro II el Monje y las supuestas Cortes de Borja y Monzón en 1134* (leída en 1907 y publicada en Santoña, Impr. de José Hernández García, 1911). Colaborador de la *Revista de Aragón y Cultura Española*, colabora con Ibarra en la organización del *I Congreso Internacional de Historia de la Guerra de la Independencia* (1908) y realiza la transcripción de los documentos y el estudio preliminar de *La representación aragonesa en la Junta Central Suprema (25 de septiembre 1808-29 enero 1910)*, trabajó para la *Colección de docu-*

con los arabistas cuando, en la primavera de 1916, los «sayj» de la tribu, Ribera y Asín, abandonaron el Centro por el conflicto que había estallado en su seno⁶³. Después de todo, Ibarra se encontraba directamente implicado en el asunto que desencadenó la dimisión de Julián Ribera como vocal de la Junta para la Ampliación de Estudios y la resolución de los dos maestros de dejar de ser «profesores del Centro en el mes de Junio», para continuar «nuestra labor fuera de él, como lo hacíamos mucho antes de que se creara, con la conciencia tranquila de no haber sido en ninguna parte otra cosa que coadyuvadores solícitos de todo lo que nos ha parecido bien intencionado, útil y justo»⁶⁴.

En sí misma, la decisión estuvo provocada por las críticas lanzadas contra Asín que «tenía reputación de hombre inteligente y honorable»⁶⁵, a raíz de su intervención partidista en la oposición a la Cátedra de Sociología, del doctorado de Filosofía de la Universidad Central, en la que José Castillejo quedó relegado en favor de

mentos para el estudio de la historia de Aragón (Zaragoza, Impr. de Carra, 1912). En 1911, se incorpora como alumno pensionado del Centro de Estudios Históricos, adscrito a las secciones de Eduardo de Hinojosa, Julián Ribera y Miguel Asín. Pensionado por la JAE, durante el año 1914 visita los archivos y bibliotecas de Francia recogiendo materiales para la historia de Aragón; y, al año siguiente, ingresa en el Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Anticuarios, sirviendo en la Delegación de Hacienda de Vizcaya, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Central, la Biblioteca de la Academia de la Historia y, desde 1924, en la Biblioteca Nacional, de la que será jefe de la Sección de Manuscritos, hasta su jubilación en 1944 (*vid.* Agustín Ruiz-Cabriada, *Bio-bibliografía del Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos, 1858-1958*, Madrid, Junta Técnica de Archivos, Bibliotecas y Museos, 1958, pp. 527-528; y Darío Cabanelas Rodríguez, «Estudio preliminar» a Pedro Longás, *Vida religiosa de los moriscos*, Granada, Universidad de Granada, 1990, pp. VII-XLII; reed. facsímil, Madrid, JAE, 1915).

⁶³ El apelativo en el último párrafo de la necrología de Emilio García Gómez, «Don Julián Ribera y Tarragó», donde dice: «Como en los viejos días del desierto, la tribu llora hoy la muerte del sayj y le proclama para siempre su epónimo» (*op. cit.*, p. VIII).

⁶⁴ Carta de Julián Ribera a José Castillejo (Madrid, 13 abril de 1916), en David Castillejo (comp.), *Epistolario de José Castillejo. III. Fatalidad y porvenir, 1913-1937*, Madrid, Editorial Castalia, 1999, p. 278 (el asunto de la cátedra y la separación de los arabistas pp. 265-285). De todos modos, es significativo de las actitudes tomadas por ambas partes el que, todavía a principios de la década de los veinte, se conservara su espacio en el Centro de Estudios Históricos. Como recuerda, el por entonces joven colaborador Juan de Mata Carriazo: «Allí tenían una sede que no frecuentaban, porque trabajaban en otra parte, los dos arabistas egregios, don Julián Ribera Tarragó, arrogante santón polifacético, que lo mismo estudiaba la historia, la cultura y la música de los musulmanes españoles que inventaba nuevos procedimientos de cultivo para sus naranjales valencianos; y el dulce y frágil don Miguel Asín, inveterado insomne, que nunca durmió bien hasta que lo hizo entre los cañonazos de la guerra civil, en su veraneo de San Sebastián, en 1936. Junto a ellos, luego, el benjamín y ahora cabeza de la escuela, Emilio García Gómez, que entonces estudiaba Literatura comparada» («Con don Manuel Gómez-Moreno en el Centro de Estudios Históricos» (publicado en 1972 e incluido por Juan Luis Carriazo Rubio (ed.), *Juan de Mata Carriazo y Arroquia. Perfiles de un Centenario (1899-1999)*, Sevilla, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Sevilla, 2001, p. 174).

⁶⁵ «Nota personal de José Castillejo sobre el asunto de la cátedra de Sociología», en *Epistolario de José Castillejo. III. Fatalidad y porvenir*, *ob. cit.*, p. 312. En la carta de Castillejo a su familia (Madrid, 1 de abril de 1916), señalaba que «Esta solución me ha sorprendido porque yo tenía a uno de los curas, Asín, por hombre de talento y gran honradez y rectitud» (*ibídem*, p. 271).

Severino Aznar Embid⁶⁶. Sin embargo, basta leer entre líneas para comprender que no era una simple querrela ideológica entre institucionistas progresistas y arabistas conservadores. Desde luego, se trataba de algo más y mucho menos grato de historiar. Lo que se imponía era la prosaica realidad de una Universidad dirigida por las competencias entre escuelas y el obtuso personalismo de los maestros, con la secuela de unas oposiciones convertidas en sórdidas escaramuzas clientelares. Sobre este fondo social y conociendo los parámetros por los que se movilizaban los apoyos en las oposiciones, lo normal era que los jueces del tribunal Miguel Asín, Alberto Gómez Izquierdo y Eduardo Ibarra, los «tres íntimos amigos y paisanos del Sr. Aznar, dos de ellos sacerdotes»⁶⁷, votaran al católico social zaragozano. Nacido en 1870, había estudiado con los dos primeros la carrera eclesiástica en el Seminario de la capital aragonesa. Discípulo de Ribera e Ibarra, durante su época de estudiante en la Facultad de Filosofía y Letras, la formación ideológica de Aznar se vio influida decisivamente por el obispo de Tarazona, José María Salvador y Barrera. En 1907, inició su carrera como publicista al convertirse en miembro fundador de *La Paz Social*, orientándose hacia los terrenos de la difusión y doctrina del catolicismo social⁶⁸. Esta dedicación le permitió ser pensionado por la JAE durante la primavera de 1913 para asistir a clases de sociología y visitar centros de estudios, bibliotecas e «instituciones Cooperativas» de Francia y Bélgica⁶⁹. Cuando presentó su candidatura a la cátedra era profesor del Seminario de Madrid y asesor del Instituto Nacional de Previsión⁷⁰.

⁶⁶ Sobre esta oposición, *vid.* Carmela Gamero Merino, *Un modelo europeo de renovación pedagógica: José Castillejo*, Madrid, CSIC-Instituto de Estudios Manchegos, 1988, pp. 102-112; y José María López Sánchez, *Heterodoxos españoles. El Centro de Estudios Históricos, 1910-1936*, Madrid, Marcial Pons Historia-CSIC, 2006, pp. 72-74.

⁶⁷ «Nota personal de José Castillejo sobre el asunto de la cátedra de Sociología», en *Epistolario de José Castillejo. Fatalidad y porvenir*, ob. cit., p. 310. De igual modo, en la carta a su familia mencionada anteriormente Castillejo recordaba que: «hubo un gran escándalo en la Universidad. El público insultó a los curas. La cosa más lamentable y más propia de este pobre país. El Presidente, Sanz Escartín, político conservador y escritor católico reputado, me votó a mí. El que han votado es paisano e íntimo amigo de los tres que le han votado. Se tutean» (p. 271).

⁶⁸ José Estarán Molinero, *Cien años de «Acción Social de Zaragoza» (1903-2003)*, Zaragoza, Acción Social Católica de Zaragoza, 2003, pp. 185-191, y 373 ss.

⁶⁹ Sobre esta estancia *vid.* la carta de Severino Aznar a José Castillejo (París, 18 de marzo de 1913). La gran pobreza intelectual de esta carta-informe se acentúa cuando en el párrafo final reconoce su incapacidad para dirigir ninguna visita de un grupo obrero español en estos países: «primero, porque desconozco la materia; segundo, y principal, porque — no hablo ni entiendo el francés para una misión semejante [...]. Con lo que yo sabía de francés, debí hablarle en los tres meses. Ha sido para mí un grandísimo disgusto y se ha dificultado no poco el complemento de mi trabajo y misión, pero no está de mi mano evitarlo y lamento más decírselo a V. por lo que le he de disgustar» (*Epistolario de José Castillejo. III. Fatalidad y porvenir*, ob. cit., p. 31). Tres años después, Castillejo, además de dar su opinión sobre los ramplones ejercicios realizados por Aznar y señalar su escasa formación, no dudaría en calificarlo de «pobre tonto» (Carta de José Castillejo a su familia [Madrid, 31 de marzo de 1916], *ibidem*, p. 270).

⁷⁰ Natural del pueblo zaragozano de Tierga (1870), Severino Aznar falleció en Madrid el 19 de noviembre de 1959. Él mismo proporciona datos, «desde los bancos de clase», de su amistad con Asín

En estas circunstancias y dejando al margen el hecho de que, desde su creación en 1899, había sido una cátedra ampliamente disputada por historiadores y filósofos, podemos entender que los seguidores de Francisco Giner consideran la de Sociología como una plaza propia, un patrimonio de su «escuela» al haber estado servida, hasta entonces, por Manuel Sales y Ferré y por Manuel María del Valle y Cárdenas, dos discípulos directos de los «padres fundadores» del pensamiento krausista, Julián Sanz del Río y Fernando de Castro⁷¹. Por otra parte, esperar algo distinto de los miembros del tribunal, hubiera sido carecer de realismo: primero, porque «parece lógico pensar que ésa era la conducta que los deberes de la amistad imponían»⁷². Y en segundo lugar, porque la posición del trío de catedráticos aragoneses encontraba un punto de apoyo en ese camino de la decepción y el agravio, que siempre desemboca en la reacción y el desquite, en el resultado de la oposición a la de Lógica Fundamental, celebrada en 1912. Cuatro años después, todavía les debía acompañar la impresión de que Gómez Izquierdo la había perdido ante Julián Besteiro, por «un cacicato de los institucionistas»⁷³. En medio de

en su libro *Impresiones de un demócrata cristiano*, segunda edición con prólogo de Salvador Minguijón, Madrid, Edit. Bibliográfica Española, 1950, pp. 370-374. Académico de la de Morales y Políticas en 1921, ese mismo año funda con un núcleo de colaboradores el «Grupo de la Democracia Cristiana». Miembro del Partido Social Popular, al escindirse éste forma parte de los colaboracionistas con la dictadura de Primo de Rivera y, en 1936, se integra en el bando de los sublevados. Director general de previsión en el primer gobierno franquista, fue director del Instituto Balmes de Sociología del CSIC. (*vid.* Fernando Castán Palomar, *Aragoneses Contemporáneos. Diccionario biográfico*, Zaragoza, Ediciones Herrein, Tip. La Académica, 1934, pp. 59-61; [Luis]. G[ermán]. Zuberol., «Aznar Embid, Severino», *Gran Enciclopedia Aragonesa*, II, p. 350).

⁷¹ Después de ocupar, desde 1880, la de Historia Universal de Sevilla, Manuel Sales y Ferré (Ulldecona [Tarragona], 24-8-1843/Vinaroz [Castellón], 10-12-1910), ganó, por concurso, la de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Central (9-3-1909). Por su parte, Manuel María del Valle y Cárdenas (Granada, 13-7-1840/Madrid, 8-5-1914), que era catedrático de la Central desde 1874, le sucedió, por concurso de traslado, en julio de 1911. La trayectoria académica de ambos catedráticos en sus voces del *DHEC*, pp. 560-562; y 650-651.

⁷² Carta de Julián Ribera a José Castillejo (Madrid, 5 de abril de 1916) (*Epistolario de José Castillejo. III. Fatalidad y porvenir*, ob. cit., p. 273). En esta carta Ribera intenta explicar las razones de los tres jueces para dar su voto a Aznar. La contestación que José Castillejo le dirigió a Ribera (Madrid, 10 de abril de 1916) desencadenó la polémica al considerar que, «a mi juicio, Así ha cometido un grave desacierto. Yo tengo un concepto de su independencia que me impide atribuirlo a presión alguna de fuera. Lo achaco a dos factores: la pasión de una amistad antigua e íntima que le ha cegado, como ciega a un padre el cariño de sus hijos, y acaso una insuficiente información de libros de Sociología que no ha podido, por consiguiente, iluminar ante sus ojos lo que Aznar llevaba» (ibídem, p. 277). Probablemente tenía razón Castillejo e Ibarra votó a favor por la amistad que le unía a Aznar. De hecho, seis años antes Ibarra no había dudado en felicitar a Castillejo por su nombramiento como presidente de la JAE, al considerarlo «el más informado en corrientes extranjeras de enseñanza» (Carta de Eduardo Ibarra a José Castillejo, Zaragoza, 20-I-1910, manuscrita en *Expediente de Eduardo Ibarra. Archivo JAE. Residencia de Estudiantes de Madrid*, Legajo 79-20).

⁷³ Como recuerda Jorge M. Ayala, esta idea la lanzó el propio Gómez Izquierdo (ob. cit., p. 591). Por lo demás, sobre lo que pensaban los más rancios neocatólicos acerca de Besteiro, Pedro Sainz Rodríguez recuerda las prevenciones contra el nuevo catedrático de Lógica, lanzadas por Eduardo de

este ambiente de silencios significativos, murmuraciones maliciosas y rechazos vehementes, lo que ahora irrumpía era la pretensión del catedrático de Derecho Romano de Valladolid, José Castillejo, de compaginar la secretaría de la JAE con una cátedra en la Universidad de la capital⁷⁴.

Con independencia de lo que realmente sucedió, lo cierto es que, incluso en mayor medida que en la época anterior, las oposiciones seguían regidas por el tradicional juego de la recomendación⁷⁵. Y ello por dos razones: la primera, porque de una manera paulatina el control de la selección y reclutamiento de los historia-dores devino en un asunto interno de la profesión al ser designados la totalidad de los miembros de los tribunales, entre los catedráticos universitarios de la misma asignatura o similar. Y la segunda, porque a diferencia de los concursos celebrados en el período del academicismo en los cuales se trataba sin más de colocar «amigos», la organización en escuelas y su imperativo de acomodar «maestros» y situar «discípulos», introdujo una lógica para el funcionamiento de las oposiciones diferente. Para bien, no cabe duda que los cambios sirvieron para fortalecer los mecanismos de la especialización y elevar los criterios de evaluación de la disci-

Hinojosa: «ten mucho cuidado con él, porque es un hombre de ideas diabólicas», y cómo, siendo un joven estudiante, se quedó asombrado «de que el *diabólico* profesor no hablase de nada tendencioso en clase, ni hiciese ningún intento de captación de sus alumnos a favor de su posición política» (*Testimonio y recuerdos*, Barcelona, Planeta, 1978, p. 30). Páginas más adelante, señala el enfrentamiento entre Julio Cejador y Urbano González de la Calle, «un hombre de izquierda, lo que se llamaba entonces un *institucionista*» por la cátedra de Lengua y Literatura Latinas de la Central. La cátedra la ganó el primero, quedando González de la Calle «muy humillado y decía que el latín de Cejador era un latín de *in iis circumstanciis*: un latín que él menospreciaba» (p. 34).

⁷⁴ Los sucesivos intentos que, desde su traslado en comisión de servicios a Madrid en 1910, realizó por situarse en una cátedra de la Central —y como casi siempre, cualquiera servía—, culminaron de una manera lógica cuando, en 1920, consiguió la de Derecho Romano. La formación y trayectoria académica de José Castillejo Duarte (Ciudad Real, 30-10-1877/Liverpool, 1945), quien, después de haber alcanzado la Cátedra de Derecho Romano de Sevilla y trasladarse a la de Valladolid, se convertirá en el secretario perpetuo de la JAE, desde 1910 hasta 1935, las podemos seguir en los tres volúmenes de cartas que bajo el título genérico de *Los intelectuales reformadores de España*, han sido reunidas por David Castillejo, *El Epistolario de José Castillejo. I. Un puente hacia Europa, 1896-1909*, Madrid, Editorial Castalia, 1997; *Epistolarios de José Castillejo y de Manuel Gómez-Moreno. II. El espíritu de una época, 1910-1912*, Madrid, Editorial Castalia, 1998; y *III. Fatalidad y porvenir, 1913-1937*, ob. cit.

⁷⁵ Al respecto, resultan muy ilustrativas las maniobras realizadas por Manuel Gómez-Moreno y sus amigos para que se dotara una cátedra de Arqueología Árabe para él en la Central (entre los personajes que se movilizaron a su favor se encontraban Miguel Asín y Julián Ribera) (*vid.* las cartas cruzadas sobre el tema en David Castillejo [comp.], *Epistolarios de José Castillejo y de Manuel Gómez-Moreno*, ob. cit., pp. 517-537). Enredada la propuesta con la dotación de otras cátedras para José Ramón Mélida y Antonio Vives Escudero. Los tres serán nombrados catedráticos, por procedimiento extraordinario a propuesta de la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid: el 10 de enero de 1912, Mélida obtuvo la Cátedra de Arqueología y Vives la de Numismática y Epigrafía, mientras que Gómez-Moreno tuvo que esperar hasta 1913 (*vid.* Margarita Díaz-Andreu, ob. cit., pp. XCI-XCIV). Una primera aproximación a las trayectorias de estos tres autores en las voces del *DHEC*, pp. 306-308, 399-401, y 674-675. Por lo demás, las campañas organizadas para el «acopio de recursos humanos», es decir, para la búsqueda de discípulos quedan perfectamente reflejadas en el epistolario de Gómez-Moreno (ob. cit., pp. 54-79).

plina. Y para mal, la dinámica de tomas de posición y uniones estratégicas en defensa de territorios o parcelas de poder, trajeron consigo un precipitado continuo de conflictos de intereses y enfrentamientos ideológicos.

A medida que las tensiones político-sociales de la calle penetraron el espacio universitario y la retórica sectaria de los partidos envenenaba las normas de comportamiento establecidas por la práctica de la profesión, estos acres encontronazos fueron cada vez más frecuentes⁷⁶. Pero éstos se hubieran quedado en simples problemas marginales al proceso de institucionalización universitaria, si al mirar hacia adelante no existiera el fatídico verano de 1936 y un horizonte teñido de sangre en el que las armas del pensamiento fueron tomadas al asalto por las tropas de la irracionalidad y la violencia, convirtiendo las «guerra de ideas en España» en una experiencia abrumadora, forjada por la desesperada tragedia de la muerte y sellada con el estigma indeleble de los vencidos⁷⁷. Porque lo cierto es que las transformaciones introducidas por la profesionalización determinaron la creación de un sistema ideológico-cultural (no necesariamente la ideología tiene que ser política) donde el «apoliticismo» pasó a ser la representación idealizada del nuevo conservadurismo universitario.

En efecto, la comunidad universitaria que se estaba construyendo se inventó una definición ideológica propia. Inspirada en el ideal positivista del sabio universitario alemán y fundada en la convicción del poder y la verdad de la ciencia⁷⁸, la

⁷⁶ Sirva como ejemplo del progresivo enrarecimiento ideológico de la atmósfera universitaria, el alboroto ocasionado por las violentas increpaciones realizadas por el público de profesores y estudiantes contra el tribunal que, en mayo de 1926, había fallado «injustamente» la oposición a la Cátedra de Griego, vacante por la deposición y destierro a Fuerteventura de Miguel de Unamuno. Como resultado del suceso fueron deportados a las islas Chafarinas, entre otros, Luis Jiménez de Asúa, Francisco Cossío, Arturo Casanueva y el prometedor estudiante de Árabe, discípulo predilecto de Unamuno y de Miguel Asín, Salvador Vila Hernández.

⁷⁷ José Castillejo, *Guerra de ideas en España. Filosofía, Política y Educación*, Madrid, Revista de Occidente, 1976 (1.ª edic. en inglés, 1937). Las continuas intromisiones de los políticos del turno y las acusaciones de «sectaria» lanzadas contra la JAE —prácticamente desde su entrada en funcionamiento en 1907 que culminarían con su arrasamiento en la Guerra Civil—, se pueden rastrear en el día a día reflejado en los epistolarios mencionados más arriba. Por lo demás, configurada la realidad como una gran masacre, todas las escuelas históricas sufrieron las furias de la guerra. De los arabistas recordaremos el fusilamiento por los republicanos en Madrid del monje agustino, discípulo de Ribera y Asín y director de la biblioteca del monasterio de El Escorial, Melchor Martínez Antuña (*vid.* Fernando Rodríguez Mediano, *ob. cit.*, p. 146). Y entre los fusilados por los sublevados citaremos al mencionado catedrático de Cultura Árabe e Instituciones Musulmanas (1933), director de la Escuela de Estudios Árabes de Granada y rector interino de la Universidad, Salvador Vila Hernández, pasado por las armas por los sublevados el 22 de octubre de 1936 cuando apenas contaba 32 años (*vid.* Mercedes del Amo, «Rector Salvador Vila: su itinerario en la Universidad de Granada», en A. Mez, *El Renacimiento del Islam*, Granada, Universidad de Granada, 2002, pp. XI-XLI; edición facsímil del libro traducido del alemán por Salvador Vila, Madrid, Impr. de Estanislao Mestre, 1936; y *Salvador Vila: El Rector fusilado en Víznar*, Granada, Universidad de Granada, 2005, pp. 135-169).

⁷⁸ Sobre el ideal del consenso apolítico practicado por los universitarios alemanes, *vid.* Fritz K. Ringer, *El ocaso de los mandarines alemanes*, *op. cit.*, pp. 110 ss. y 329-341. Una visión crítica sobre el

«politique de l'apolitisme», puesta de moda por los profesores franceses del período de entreguerras⁷⁹, atravesó los Pirineos para oponerse a lo arbitrario, a las pasiones mundanas, a quienes predicaban credos políticos y religiosos desde las cátedras. Y, en general, a todos los debates reducibles al enfrentamiento entre conservadores y progresistas, clericales y anticlericales, aliadófilos y germanófilos, derechas e izquierdas. Sobre el papel, siempre que la patria no se encontrara en peligro, esta especie de filosofía de la vida (con su mezcla de ética universitaria y conciencia profesional) suponía la creación de un espacio científico autónomo y universalista. Un medio políticamente neutral, sin apenas referencias al mundo exterior en el que las polémicas debían circunscribirse a los campos de trabajo de la disciplina y las concepciones objetivas e imparciales del conocimiento.

Como yo he pensado siempre —escribió Altamira— (y lo he cumplido en lo que me concierne) que lo único que no debe hacer nunca la universidad es política, cosa muy diferente de la ciencia del derecho político y administrativo, tomé en mi discurso el camino puramente científico...⁸⁰.

Desde luego, fue un interdicto teórico en contra de la política que los más influyentes no se privaron de violar. Después de todo, sus premisas debían imponerse, en el mundo de la cultura académica, a las inercias de la costumbre y los estadistas aficionados, cultivadores de la «historia polémica»⁸¹. También, a las continuidades y posturas de los profesores más parciales e insignificantes que, conservando elementos de una sensibilidad anterior, mantenían vivo el modelo tradicional de los catedráticos decimonónicos implicados en la política de su tiempo. E, incluso, a los restos dejados por la resaca regeneracionista con su pedagogismo y sus programas de intervención en la vida nacional. Más aún. En los márgenes

proyecto de profesionalización de los historiadores norteamericanos y sus posturas ideológicas, basadas en el consenso y la legitimación que proporcionaba su concepto de *legitimidad* en Peter Novick, *Ese Noble Sueño. La objetividad y la historia profesional norteamericana*, México, Instituto Mora, 1997, I, pp. 64-108.

⁷⁹ Vid. Christophe Charle, *La République des Universitaires, 1870-1940*, Paris, Éditions du Seuil, 1994, pp. 310-312; y Olivier Dumoulin, *Le rôle social de l'historien. De la chaire au prétoire*, Paris, Albin Michel, 2003, pp. 223-225.

⁸⁰ Rafael Altamira escribió estas palabras al recordar el contexto académico y las razones intelectuales que le llevaron a pensar, en 1898, su discurso «El patriotismo y la Universidad» (reproducido en *Tierras y hombres de Asturias*, Oviedo, Universidad de Alicante-Universidad de Oviedo-Krk ediciones, 2005, p. 321).

⁸¹ Llegado el momento el propio Eduardo Ibarra no se cansaría en marcar y resaltar las diferencias entre la «historia objetiva» de los profesionales y la «historia polémica» cultivada por «los políticos que se meten a historiadores». Así, por ejemplo, en las reseñas «Bibliografías Críticas. Rafael Altamira y Crevea: *Historia de España y de la civilización española*. Tomo III. Barcelona, Herederos de Juan Gili, editores, 1906. Un volumen de 749 páginas y 130 fotograbados», *Cultura Española*, IX (febrero de 1908), p. 33; o en «Nuestra última guerra ofensiva en Europa (a propósito del reciente libro del Sr. Ossorio y Gallardo)», *Nuestro Tiempo. Ciencias y Artes. Política y Hacienda*, XIII, 177 (septiembre de 1913), pp. 261-268.

del campo universitario y sus espacios de influencia cultural, debían competir con los diversos tipos de intelectuales surgidos del nuevo y agitado espacio político⁸², cuya visión alternativa de la historia de España iba unida a la defensa apasionada de sus militancias partidistas y radicales rechazos de la cultura burguesa. Por decirlo de manera aparentemente paradójica, los profesionales españoles del primer tercio del siglo XX, intentaron levantar «una isla de ortodoxia en un mar de heterodoxia»⁸³.

En el terreno concreto de las realidades académicas y sus efectivos humanos, el apoliticismo se convirtió en una regla fundamental de la práctica profesional que actuando a la manera de una deontología del oficio, sirvió para la creación de un espacio idealizado. Una nueva «invención de la tradición» académica basada, por una parte, en la aceptación tácita del principio de la «libertad de enseñanza» y el valor superior asignado a la condición del «catedrático», intelectualmente «puro» y académicamente «neutral»⁸⁴. E impulsada, por otra, por la «tendencia colectiva a la imitación» de modelos europeos y la construcción de una especie de «colegio invisible» de objetos de investigación y métodos compartidos, que posibilitaron la convivencia de los universitarios comprometidos con la política de la historia⁸⁵.

Y es que, con todas sus contradicciones internas y convicciones políticas personales, las relaciones entre los historiadores estuvieron marcadas por la multiplicidad de sus correspondencias individuales y el estímulo vital de un espíritu elitis-

⁸² Para los diferentes tipos de intelectuales, aparecidos en la crisis de fin de siglo, mencionaré las páginas de Juan Pro Ruiz, «La política en tiempos del Desastre», y de Carlos Serrano, «Conciencias de la crisis, conciencias en crisis», en el libro colectivo coordinado por Juan Pan-Montojo (coord.), *Más se perdió en Cuba. España, 1898 y la crisis de fin de siglo*, Madrid, Alianza Editorial, 1998, pp. 191-215, y 353-363, respectivamente; y los capítulos 4 y 5 del libro de Santos Juliá, *Historias de las dos Españas*, Madrid, Taurus, 2004, pp. 139-226.

⁸³ Peter Novick, ob. cit., I, p. 82. Esta perspectiva teórica me obliga a disentir amablemente de la tesis expresada en el mismo título de José María López Sánchez, ob. cit., lo cual no quita mi reconocimiento al valor y la utilidad de un trabajo repleto de informaciones.

⁸⁴ Sin restar ninguna importancia a los modelos alemanes y franceses, esta invención de los universitarios finiseculares debía mucho a la imagen construida por los numerarios canovistas de la Real Academia de la Historia de una República de las Letras históricas alejada de las pasiones políticas (vid. Ignacio Peiró, *Los guardianes de la Historia...*, ob. cit., pp. 226-250).

⁸⁵ Para el espacio de la literatura española, Jesús Torrecilla ha explicado el concepto de *imitación colectiva* (*La imitación colectiva. Modernidad vs. autenticidad en la literatura española*, Madrid, Gredos, 1996, especialmente las pp. 216-226). Por su parte, Justo Serna y Analet Pons señalan que, en sociología de la ciencia, la expresión *colegio invisible* designa «aquel ámbito en el que unos objetos comunes de investigación y unos procedimientos y métodos compartidos acercan a investigadores que pueden estar geográficamente muy distantes» (*La historia cultural. Autores, obras, lugares*, Madrid, Akal, 2005, p. 22). En su sentido de conexiones transnacionales y nudos de una red académica que coinciden con los límites de un territorio intercontinental, los dos profesores valencianos utilizan la idea expuesta por Ulf Hannerz en *Conexiones transnacionales. Cultura, gente, lugares*, Madrid, Cátedra-Universitat de València, 1998.

ta que, además de favorecer la comunicación generacional, estimuló las interconexiones entre las redes del mercado académico interior y, en cierta manera, su inmersión paulatina en el proceso de internacionalización de los mercados universitarios occidentales⁸⁶. Asimismo, por la amplitud de miras historiográficas justificadas por actitudes que ellos percibían como verdaderamente científicas. En aquellos determinados momentos, sus posiciones estaban dirigidas a la consolidación de un *discurso histórico especializado* a través de la investigación rigurosa, el compromiso metodológico y el planteamiento común de problemas históricos que rompía con el diletantismo dominante en las promociones de catedráticos anteriores y la imagen más simple del historiador como erudito-aficionado. Y, en último término, por unas constantes formales en las que se reflejaban los rasgos característicos de una tradición intelectual de índole liberal y raíz regeneracionista, capaz de establecer un talante más que una ideología, un peculiar estado de opinión más que un principio de obediencia y adhesión a una doctrina⁸⁷.

La neutralidad de la Universidad es un hecho exigido por las condiciones mismas de la vida moderna —afirmó Adolfo Posada, al reseñar la ponencia de Unamuno sobre la *Enseñanza universitaria*—; no quiero decir que sea, en efecto, un hecho en el sentido de que aquella neutralidad tenga una realidad aceptada por todos, sino que es una imposición, la cual se deja sentir, y contra la cual no puede irse sin suscitarse graves trastornos y producir grandes daños⁸⁸.

Por así decirlo, hubo mucho descontento y existieron disidentes; pero también hubo mucha «cortesía académica» y un «alto espíritu de concordia» que, reforzado por la confianza en su propia «objetividad científica», crearon un notable consenso entre los historiadores españoles de la época.

No de otro modo se entienden los canales de comunicación establecidos para la institucionalización autónoma de la disciplina histórica, ni la intensa colaboración que caracterizó las relaciones entre quienes aspiraban a reformar el universo de la historiografía mediante la reorganización y fundación de centros para la optimización de sus recursos. La hubo en 1900 cuando los nuevos profesionales se

⁸⁶ Vid. Victor Karady, «La République de Lettres des temps modernes. L'internationalisation des marchés universitaires occidentaux avant la Grande Guerre», *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, 121-122 (mars 1998), pp. 92-103.

⁸⁷ Vid. José-Carlos Mainer, «La redención de los Parainfos: asambleas y regeneracionismo universitarios», en Manuel Tuñón de Lara et alii, *VIII Coloquio de Pau: La crisis del estado español 1898-1936*, Madrid, EDICUSA, 1978, pp. 214 y 228.

⁸⁸ Adolfo Posada, «La Asamblea universitaria de Barcelona», *La España Moderna*, 194 (febrero de 1905), p. 119. En la página anterior había escrito: «No ofrece para mí la menor duda que es indispensable una libertad efectiva de investigación y de exposición para que la Universidad pueda desempeñar su misión científica y pedagógica: la neutralidad de la Universidad y la devoción del profesor dentro de ella, al puro interés de la ciencia y de la formación de la juventud, en la práctica de sus métodos, y en la vida elevada y moral que la investigación de la verdad exige, son, creo yo, condiciones esenciales de la acción universitaria» (p. 118).

pusieron de acuerdo en la idea de suprimir la antigua Escuela Superior de Diplomática e integrar sus profesores y enseñanzas técnicas en las reorganizadas Facultades de Filosofía y Letras⁸⁹. Existió en 1902 y 1905, al celebrarse en Valencia y Barcelona las primeras *Asambleas Universitarias* que, con su mezcla de intereses patrióticos y corporativos, pretendían la reforma de la vieja Universidad y planificar el futuro de la profesión docente⁹⁰. Y la habría en 1910, cuando alrededor de José Castillejo, se reunieron Eduardo de Hinojosa, Manuel Gómez Moreno, Ramón Menéndez Pidal, Rafael Altamira, Miguel Asín y Julián Ribera, para poner en marcha el proyecto del Centro de Estudios Históricos⁹¹.

Al respecto, vale la pena repasar las trayectorias y orientaciones políticas de los personajes citados y las de aquellos que inmediatamente se les unirían como Elías Tormo o José Ortega y Gasset, para darnos cuenta, por una parte, de la fachada de «neutralidad ideológica» detrás de la cual pretendían realizar sus labores investigadoras y afirmar su especialización intelectual. Y, por otra, para recordar que la renovación historiográfica fue, entre otras muchas cosas, pero fundamentalmente, una querrela entre viejos defensores universitarios del orden institucional tutelado por la Real Academia de la Historia y los nuevos partidarios de la modernización de la disciplina. Sin solución de continuidad, en esta disputa se dieron cita todas las miserias humanas e intelectuales de un universo académico en el que, si bien

⁸⁹ La supresión de la ESD y la reorganización en secciones de las Facultades de Letras la realizó el ministro Antonio García Alix, por Real Decreto de 20 de julio de 1900 (*Gaceta de Madrid* del 22, p. 310). La importancia historiográfica de esta decisión en Ignacio Peiró y Gonzalo Pasamar, *La Escuela Superior de Diplomática (los archiveros en la historiografía española contemporánea)*, Madrid, ANABAD, 1996, pp. 196-203. Los profesores de la Escuela que pasaron a la Central fueron: Eduardo de Hinojosa como catedrático de Historia Antigua y de la Edad Media en España; Juan Catalina García, nombrado titular de Arqueología y Numismática; Mariano Muñoz y Rivero, que lo sería de Paleografía; Cayo Ortega de Bibliología; Miguel García Romero que pasó a desempeñar la de Geografía política y descriptiva; y Vicente Vignau y Ballester como titular de Latín vulgar y de los tiempos medios.

⁹⁰ Su contextualización en el marco de la ideología regeneracionista finisecular y el análisis de las ponencias de las jornadas que, con 106 profesores inscritos, tuvieron lugar en Valencia del 26 de octubre al 1 de noviembre de 1902, y de las celebradas en Barcelona del 2 al 7 de enero de 1905, donde se reunieron 230 universitarios, en Jose-Carlos Mainer, «La redención de los Paraninfos...», ob. cit., pp. 213-244. El comentario de la ponencia presentada a la II Asamblea Universitaria por Julián Ribera y Eduardo Ibarra, «Reorganización de la Facultad de Filosofía y Letras», en las pp. 242-243. Un testimonio de la época que nos habla de las disensiones, pero que resalta, sobre todo, el «alto espíritu de concordia» y el «buen deseo de acierto» con el que se desarrollaron las sesiones, es el de Adolfo Posada, ob. cit. (los entrecorridos en la p. 127).

⁹¹ Recordaremos que, entre otras personalidades, también se pidió la colaboración de Marcelino Menéndez Pelayo y Joaquín Costa. Fundado por el Real Decreto de 18 de marzo de 1910, junto con los mencionados en el texto, el séptimo colaborador que a lo largo de ese año se puso al frente de la sección denominada *Los problemas del derecho civil en los principales países del siglo XIX*, fue Felipe Clemente de Diego. Junto con la reciente historia del Centro de José María López Sánchez, ob. cit., recrea su ambiente Javier Varela en *La novela de España. Los intelectuales y el problema español*, Madrid, Taurus, 1999, pp. 229-257; y, entre otros, los retratos de los diversos personajes que nos dejó José Moreno Villa, *Vida en claro. Autobiografía*, México, El Colegio de México-FCE, 1944, pp. 93-100.

las ideas tenían mucho que ver, estaba atravesado por soterrados desacuerdos personales, patéticas incompatibilidades de temperamento, alianzas cambiantes entre egos resentidos y «pedigüenos, que acuden al olor de las pesetas»⁹².

ESCUELAS CONTRA ESCUELAS: LUCHAS IDEOLÓGICAS POR EL PODER ACADÉMICO

Ni que decir tiene que la entrada de los arabistas en el Centro de Estudios Históricos, en octubre de 1910, estuvo precedida por las protestas, «antipatías y recelos que ellos sufren por sus claridades, que en este Madrid de toda falsedad no encajan»⁹³. Procedentes de sus adversarios «semíticos y orientalistas» asentados en el *establishment* académico, estas resistencias estaban suscitadas por el poder institucional que estaba alcanzando la escuela y por la calidad y fiabilidad de sus discípulos⁹⁴. Para empeorar las cosas, cuando Julián Ribera se hizo cargo de la sección de *Investigaciones de las fuentes para el estudio de las instituciones sociales de la España musulmana* y Miguel Asín asumió la dirección de la de *Investigaciones de las fuentes para la historia de la filosofía árabe española*, el predominio del arabismo se hizo evidente en un instituto investigador donde los filólogos e historiadores de la literatura española liderados por Menéndez Pidal trataban de situarse

⁹² La cita está sacada del contexto de la conversación mantenida por Gómez-Moreno con Ramón Menéndez Pidal refiriéndose a Antonio Sánchez Moguel y a Adolfo Bonilla y San Martín «que aspira a ser el polígrafo del siglo», y que Castillejo le contaba a su mujer en la carta del miércoles 11 de mayo de 1910 (en David Castillejo [comp.], *Epistolarios de José Castillejo y de Manuel Gómez-Moreno*, ob. cit., p. 59). Este volumen del epistolario contiene abundantes referencias al por entonces senador por la RAH, Sánchez Moguel «un sinvergüenza de los más conspicuos» (p. 496), reflejando su oposición al Centro y su idea de que debía depender de la RAH o aquella otra que pretendía reorganizar como instituto paralelo la vieja «Escuela de estudios históricos» del Ateneo. Como uno de sus satélites académicos también se cita al catedrático de Griego de la Central, el ex sargento del Ejército, numerario de la RAE, e íntimo amigo de Adolfo Bonilla, José Alemany Bolufer (Cullera [Valencia], 1-7-1866/Madrid, 26-10-1934) (*vid.* su bio-bibliografía en Pilar Parra Garrigues, *Historial de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid (Ensayo bio-bibliográfico)*, Madrid, Facultad de Filosofía y Letras, 1956, pp. 75-78; y su voz en Antoni Simon i Tarrés [dir.], *Diccionari d'Historiografia Catalana*, Barcelona, Enciclopèdia Catalana, 2003, pp. 56-57).

⁹³ Carta de Gómez-Moreno a su mujer (Madrid, miércoles 15 [junio de 1910], en *Epistolarios de José Castillejo y de Manuel Gómez-Moreno*, ob. cit., p. 121). Ideas de las que participaba el propio Menéndez Pidal, «porque según me dice el núcleo de arabistas suele traer aquí muchos rencores y enemistades, y conviene desentenderse de ellos por ahora» (*ibidem*, p. 59).

⁹⁴ Después de lo ocurrido con Giménez Soler, no debe sorprender que uno de sus más radicales adversarios fuera el pintoresco catedrático de Hebreo de la Central, Mariano Gaspar y Remiro. Zaragozano y sacerdote, compañero de Asín en el Seminario y discípulo de Codera y Ribera, se había mantenido unido a la escuela hasta que, después de su traslado a Madrid, rompió de manera irreparable al pelearse «con el otro sector semítico de los arabistas» (*vid.* Pedro Sainz Rodríguez, ob. cit., p. 43). Este autor recuerda la sordera de Mariano Gaspar que «hacía que en la clase hubiese una verdadera tertulia de la cual él ni se daba cuenta» y cómo los estudiantes «le llamaban «Qámets-Jatuf» —la letra o del alefato hebreo—. La trayectoria de Mariano Gaspar (Zaragoza, 9-4-1868/Épila [Zaragoza], 4-8-1925) en *DHEC*, pp. 290-291.

a la cabeza de las escuelas historiográficas. No parece, por lo tanto, una casualidad el hecho de que mientras la rama de la Filología se alzaba con la hegemonía en el Centro a partir de 1915, los arabistas salieran del mismo antes de finalizar el primer semestre de 1916⁹⁵. Y menos aún causa extrañeza que, a partir de ese instante, algunos miembros de la escuela y «satélites» cercanos, sacaran a la luz todas sus antipatías latentes para sumar sus fuerzas a las de una oposición cuya animosidad comenzó a adoptar los contenidos ideológicos más reaccionarios y el carácter de la divergencia irreparable.

Después de todo, en 1917, el catedrático de Historia de la Filosofía de la Central, Adolfo Bonilla y San Martín, había proporcionado los argumentos para la crítica general según la cual no sólo la Junta para Ampliación de Estudios y el Centro de Estudios Históricos usurpaban competencias de la Universidad y la Academia de la Historia, sino que al estar en manos de los institucionalistas compartían la naturaleza de los movimientos que promulgaban creencias peligrosas⁹⁶. Esta caricatura totalmente obvia, contenía un pequeño elemento de verdad que se podía aplicar a casi todos —incluso a él mismo y a su grupo—, pero hizo fortuna entre el puñado de revisionistas cada vez más agresivos que comenzaron a reemplazar la realidad universitaria, que era muy diferente, con la representación de su realidad. Con este espíritu de ataque, el viernes 19 de abril de 1918, el maurista aragonés y catedrático de Historia Moderna y Contemporánea de la de Letras de Madrid, Pío Zabala, utilizaría la tribuna parlamentaria para esgrimir los mismos

⁹⁵ La salida de los arabistas en José María López Sánchez, op. cit., 73-76. Al final, coincidiendo con la salida de Castillejo como secretario de la Junta, en mayo de 1935, Miguel Asín volvería al CEH como director de la sección *Historia del pensamiento hispano musulmán* (p. 76). Por lo demás, junto con las páginas que le dedica este autor (pp. 86-90, 105-111 y 276-356), *vid.* los apuntes acerca de la hegemonía de los filólogos encabezados por Ramón Menéndez Pidal que realizan Javier Varela, ob. cit., pp. 230-231; Fernando Rodríguez Mediano, ob. cit., pp. 39-51; y José Ignacio Pérez Pascual, *Ramón Menéndez Pidal. Ciencia y pasión*, Valladolid, Junta de Castilla y León, Consejería de Educación y Cultura, 1998, pp. 121-137; 163-182; y 253-295. También los artículos de Francisco Abad, «La obra filológica del Centro de Estudios Históricos» y Teresa R. de Lecea, «La enseñanza de la Historia en el Centro de Estudios Históricos: Hinojosa y Altamira», en José Manuel Sánchez Ron (coord.), *1907-1987. La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas 80 años después*, Madrid, CSIC, 1988, vol. II, pp. 503-517 y 519-534, respectivamente.

⁹⁶ Teniendo muy claro que Menéndez Pidal era el otro discípulo testamentario del maestro y, olvidando que, además de pertenecer a la JAE, las relaciones de Menéndez Pelayo habían sido amigables con los organizadores del Centro de Estudios Históricos, hasta el punto de haberse mostrado dispuesto a colaborar con ellos. Bonilla no dudó en sacar de contexto y manipular las palabras escritas por el santanderino treinta y seis años antes para denunciar que las dos instituciones estaban en manos de los krausistas-institucionalistas: «una escuela... una logia... una sociedad de socorros mutuos, una tribu, un círculo de *alumbrados*, una *fatría*, lo que la pragmática de D. Juan II llama *cofradía* y *monipodio*, algo, en suma, tenebroso y repugnante á toda alma independiente y aborrecedora de trampantojos», donde se ayudaban y protegían unos a otros, repartiéndose las cátedras, cuando mandaban como botín conquistado y hablando todos igual y pareciéndose todos en su aspecto exterior» («Contestación» al *Discurso leído en el acto de su recepción por Manuel Antón y Ferrándiz, el día 18 de marzo de 1917*, Madrid, Est. Tip. «Sucesores de Rivadenyra», 1917, pp. 152-153).

razonamientos en el intercambio verbal que sostuvo con el ministro Santiago Alba al preguntarle acerca de la actuación económica de la Institución Libre de Enseñanza y la Junta para Ampliación de Estudios⁹⁷. Al poco tiempo, sería otro zaragozano, el ex jesuita Julio Cejador quien, en el penúltimo tomo de su monumental *Historia de la lengua y la literatura castellana*, persistiría en la acusación capciosa acerca del «monopolio de la cultura y la Universidad que estaban llevando los institucionistas»⁹⁸.

Con el aspecto inconfundible de la literatura de pasquín, intrigante y mezquina, estas excrecencias del resentimiento académico generaron una doctrina que, madurada durante la dictadura de Primo de Rivera y la República, alcanzó su clímax en el momento más duro de la primera posguerra con la publicación de *Una poderosa fuerza secreta. La Institución Libre de Enseñanza*⁹⁹. Un servil e indecente libelo en el que los amigos de Severino Aznar dejaron aparcados para siempre los rasgos que les identificaban con la cultura liberal —si alguna vez tuvieron alguno—, para unirse en su denuncia del «antiespañolismo» de los institucionistas¹⁰⁰.

⁹⁷ Vid. Carolina Rodríguez López, *La Universidad de Madrid en el primer franquismo: ruptura y continuidad (1939-1951)*, Madrid, Editorial Dykinson, Instituto Antonio de Nebrija de estudios sobre la Universidad, 2002, pp. 318-341; y «Tradición, autoridad y monarquía. España bajo los Borbones de Pío Zabala», prólogo a P. Zabala y Lera, *España bajo los Borbones*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2009, pp. XXXIX-XLI.

⁹⁸ Vid. Julio Cejador y Frauca, *Historia de la lengua y la literatura castellana, comprendidos los autores hispano-americanos, (Época contemporánea: 1908-1920) (Primera parte)*, t. XIII, Madrid, P. de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, 1920, pp. 28-31). Este autor (Zaragoza 7-1-1864/Madrid, 1-1-1927), fue un importante colaborador de la *Revista de Aragón* —dirigió la sección de Filología entre 1904 y 1905—, y un destacado orientalista que, sin pertenecer directamente a la escuela, tuvo estrechas vinculaciones con la misma por su dominio del árabe y otras lenguas orientales, semíticas e indoeuropeas. Ex jesuita, fue catedrático de Latín y Castellano del Instituto de Palencia y, como se ha visto, de Lengua y Literatura Latinas de la Central (4-6-1914) (*vid.* la necrológica de Pascual Galindo Romeo, *D. Julio Cejador y Frauca (1864-1927)*, Zaragoza, Tip. La Académica, 1927 (separata de la revista *Universidad*); P. Sainz Rodríguez, *op. cit.*, pp. 34-40; F. Castán Palomar, *op. cit.*, pp. 139-140; y P. Parra Garrigues, *op. cit.*, pp. 155-156).

⁹⁹ *Una poderosa fuerza secreta. La Institución Libre de Enseñanza*, San Sebastián, Editorial Española, S. A., 1940. La obra se entroncaba en el vasto ciclo de literatura antiinstitucionista generado durante la guerra con libros como el de Enrique Suñer, *Los intelectuales y la tragedia española*, Burgos, Editorial Española, 1937, o el de Joaquín Entrambasaguas, *Pérdida de la Universidad Española*, Bilbao, Ediciones Libertad, 1938; contribuyendo con sus juicios a la suciedad política que marcó el espacio universitario posterior (*vid.* José Ignacio Pérez Pascual, *op. cit.*, pp. 291-294).

¹⁰⁰ Impulsada por la Confederación Católica Nacional de Padres de Familia, los artículos habían sido publicados en *El Noticiero* de Zaragoza, el periódico conectado con el grupo de los católicos sociales zaragozanos impulsado por Aznar (*vid.* Luis Alvar Sancho, *La prensa de masas en Zaragoza (1910-1936). Profesionalización y desarrollo empresarial. Los casos de Heraldo de Aragón, El Noticiero y La Voz de Aragón*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 1996, pp. 97-98). En este sentido, no es casual que de los dieciséis autores que firman los capítulos, seis fueran miembros destacados del citado grupo y catedráticos de la Universidad de Zaragoza: Antonio de Gregorio Rocasolano, Miguel Allué Salvador, Miguel Sancho Izquierdo, Carlos Riba García, Domingo Miral y José Guallart. Lista a la que perfectamente podíamos añadir el nombre de Salvador Minguijón que había polemizado con Menéndez

Todos insistieron en el devastador vejamen, pero pocos fueron tan severos en sus juicios como el secretario de la Comisión de Cultura y Enseñanza de la Junta Técnica del Estado encargada de las depuraciones, Ángel González Palencia. En la primera de sus colaboraciones, dedicada al Centro de Estudios de Históricos, tuvo la oportunidad de sacar a relucir la vieja ofensa recibida por su escuela, cuando en «1916 cesó la actividad de las secciones de Árabe, por la original idea que el secretario de la Junta tenía de la función de un vocal de oposiciones a cátedras, si el opositor era el secretario»¹⁰¹. En la segunda, volcó sus objeciones y su rencor acumulado en la «casa matriz» de la Institución, al proponer la aplicación de un milenario y ejemplar castigo:

Como en los días gloriosos imperiales, podría arrasarse la edificación, sembrar de sal el solar y poner un cartel que recordase a las generaciones futuras la traición de los dueños de aquella casa para con la Patria inmortal¹⁰².

González Palencia se prestó a hacerlo de buena gana. Y es que, acompasada al paso triunfal de los militares vencedores, la «comunidad nacional de los universitarios españoles» se estaba construyendo sobre las sombras del exilio y los escombros calcinados de la profesión, la represión y el encarcelamiento de los otros, la declaración de «restringidas» de todas las oposiciones y la resolución de los expedientes depuradores¹⁰³.

AL FINAL... SIEMPRE QUEDARÁN LOS ÁRABES

Dejando aparte que la situación le resultara desagradable y penosa, todo esto no pareció perturbar a Eduardo Ibarra. En el otoño de 1939, estaba atareado en presentar su declaración jurada ante el rector franquista de la Universidad Central, Pío Zabala¹⁰⁴, y rellenar el cuestionario que le había remitido el juez instructor de Madrid con las siguientes respuestas:

Pidal en su artículo, «Observaciones pedagógicas. Al margen de una carta», *El Debate*, 10-4-1929 (citado por José Ignacio Pérez Pascual, ob. cit., p. 221).

¹⁰¹ Ángel González Palencia, «El Centro de Estudios Históricos», en *Una poderosa fuerza secreta*, ob. cit., p. 192. Para el desarrollo del CEH durante la guerra *vid.* Prudencio García Isasi, «El Centro de Estudios Históricos durante la Guerra Civil española (1936-1939)», *Hispania. Revista española de Historia*, LVI/3, 194 (septiembre-diciembre de 1996), pp. 1071-1096. Y las breves páginas finales que le dedica José María López Sánchez, ob. cit., pp. 430-432.

¹⁰² Ángel González Palencia, «La herencia de la Institución Libre de Enseñanza», en *Una poderosa fuerza secreta*, ob. cit., p. 273.

¹⁰³ De la cada vez más abundante bibliografía sobre el tema *vid.* Jaume Claret Miranda, *El atroz desmoronamiento. La destrucción de la Universidad española por el franquismo, 1936-1945*, Barcelona, Crítica, 2006; y las páginas que dedica Francisco Gracia Alonso, *La arqueología durante el primer franquismo (1939-1956)*, Barcelona, Edicions Bellaterra, 2009, pp. 107-210.

¹⁰⁴ Pío Zabala y Lera (Zaragoza, 19-11-1879/Madrid, 20-8-1968), hijo de Manuel Zabala, obtiene, por oposición, la Cátedra de Historia Moderna y Contemporánea en Valencia (1906), trasladándose, ese

- 1.º *Dónde se encontraba al iniciarse el Glorioso Movimiento Nacional*: En Madrid.
- 2.º *Si en zona Nacional, en que forma se asoció al Movimiento Redentor*: (No responde).
- 3.º *Si en zona liberada, de que modo pudo rehuir la colaboración de los Gobiernos del llamado frente Popular o de qué manera y en razón de qué motivos se vio en la necesidad de prestar tal colaboración*: No presté colaboración ninguna.
- 4.º *Diga, además, si al prestarla lo hizo obteniendo alguna graduación en las fuerzas Marxistas, o desempeñando comisión o cumpliendo algún encargo especial relacionado directa o indirectamente con la guerra*: (No responde).
- 5.º *Expresé también al partido u organización a que ha pertenecido antes y después del 18 de Julio de 1936*: Pertenecí al partido de D. Antonio Maura y después a la Unión Patriótica: con posterioridad al 18 de Julio a ningún partido. Antes de 18 de Julio a la Asociación profesional de Licenciados y Doctores (de tendencia católica): después a ninguna.
- 6.º *Nombre de las personas (por lo menos dos), que garanticen la verdad de sus manifestaciones*: D. Cayetano Alcázar, actualmente catedrático en la Universidad de Madrid, D. Ángel González Palencia¹⁰⁵.

Este último trámite le resultó fácil. De hecho, Ibarra contaba con amistades de toda la vida, no sólo en el campo de la historiografía, sino también en las altas esferas de la política educativa, cuya ayuda no se la iban a negar. Además de Pío Zabala, allí estaba su antiguo alumno Cayetano Alcázar Molina, discípulo predilecto de su amigo Antonio Ballesteros¹⁰⁶ y, en aquel entonces, una de las personas más cercanas al nuevo ministro de Educación Nacional, el turolense José Ibáñez Martín¹⁰⁷. El enfático Alcázar se movió rápido para brindarle su protección al declarar:

mismo año, a la de igual denominación de la Central. Miembro destacado del maurismo, fue director general de Primera Enseñanza (1919), subsecretario de Instrucción Pública (1921-1922) y consejero de Instrucción Pública. Rector de la Universidad Central (1930-1931), durante la Guerra Civil colabora con el Ministerio de Educación Nacional de Pedro Sainz Rodríguez y continúa ligado al mismo en la posguerra como rector de la Central durante el ministerio de José Ibáñez Martín (1940-1951). Sus datos bio-bibliográficos en s. v., «Zabala y Lera, Pío», *DHEC*, pp. 681-682, y los mencionados trabajos de C. Rodríguez López.

¹⁰⁵ «Declaración jurada de D. Eduardo Ibarra y Rodríguez, presentada ante el Rector de la Universidad de Madrid, Madrid, 21 de noviembre de 1939» incluida en «Expediente relativo a D. Eduardo Ibarra y Rodríguez, Catedrático Jubilado de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid. Ministerio de Educación Nacional. 28 de Noviembre de 1939», *Expediente Académico Personal*, Archivo General de la Administración, Alcalá de Henares, Sección Educación y Ciencia, Legajo 9.613-9. El 17 de mayo de 1939, había sido nombrado juez instructor de Madrid, el decano de Medicina y catedrático de Patología Médica Fernando Enríquez de Salamanca y Dánvila.

¹⁰⁶ Antonio Ballesteros Beretta (Roma, 19-3-1880/Pamplona, 15-7-1949). Catedrático de Historia de España de la Central, era hijo de un diplomático de origen aragonés y de una condesa italiana. Monárquico conservador, había pertenecido al Comité de Acción Maurista, dirigiendo, durante la Guerra Civil, la expedición de maestros a la Italia fascista, organizada desde el Ministerio por Pedro Sainz Rodríguez (1938) y colaborando en el libro coordinado por el citado ministro, *Histoire de la révolution nationale spagnole* (Paris, Société Internationale d'Éditions & Publicité, 1939. Sobre este historiador *vid. s. v.*, «Ballesteros Beretta, Antonio», *DHEC*, pp. 101-103.

¹⁰⁷ José Ibáñez Martín (Valbona [Teruel] 18-12-1896/Madrid, 21-12-1969). Licenciado en Derecho y Filosofía y Letras por la Universidad de Valencia, donde fue discípulo de Carlos Riba García. Catedrático

que ha tratado y visitado con gran frecuencia a don Eduardo Ibarra y Rodríguez, catedrático jubilado de la Universidad Central y Académico de la Historia, durante el período de la dominación roja así en Madrid como en Valencia y que siempre ha escuchado de dicho Sr. las más enérgicas condenaciones contra todo lo que significaba el «Gobierno Rojo» y la más ferviente apología de cuanto representaba el Movimiento Nacional y su glorioso caudillo el Generalísimo Franco. Esta actitud del Sr. Ibarra estaba en armonía con sus ideas y conducta de hombre cristiano y de orden que siempre le he visto practicar desde el año 1915 en que tuvo el alto honor de ser su discípulo. Desde 1915 a 1939 constantemente hemos mantenido relaciones personales y científicas y siempre se ha inspirado en su actuación en los más nobles ideales patrióticos. Considero pues, a Don Eduardo Ibarra como persona adicta y leal al Movimiento Nacional y me honro en avalar su actuación y conducta¹⁰⁸.

Y, por supuesto, podía apelar a Cándido Ángel González Palencia, el arabista mejor colocado en la política del momento¹⁰⁹. Hijo de un guardia civil, después de estudiar en el Seminario de San Julián de Cuenca, cursó como alumno libre la carrera de Filosofía y Letras en Madrid, donde trabó una amistad eterna con Miguel Asín. Introducido en el círculo de arabistas del Centro de Estudios Históricos y miembro del Facultativo de Archiveros, Julián Ribera le abrió las puertas de la

tico de Geografía e Historia de instituto, destinado en Murcia y después en el de San Isidro de Madrid, había colaborado con la dictadura primorriverista como miembro de la Unión Patriótica, fue teniente alcalde de Murcia y presidente de la Diputación Provincial. Secretario de la ACNP de Murcia (1924-1928), fundador de la Unión Militar Monárquica (1930), formó parte de la dirección política de Acción Nacional, fue diputado a Cortes de la CEDA por Murcia (1933), miembro de Acción Española, estuvo preso varios meses por su participación en la Sanjurjada. Pasó el primer año de la guerra acogido en la embajada de Turquía y, después de viajar por distintos países sudamericanos, militará en Falange y coincidirá en Burgos con el también turolense José María Albareda, futuro secretario general del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Sustituye a Pedro Sainz Rodríguez al frente del Ministerio de Educación Nacional (9-8-1939/19-7-1951). Considerado un «hombre-puente» por su proximidad a diversos grupos del franquismo, su perfil político y biográfico en Gregorio Cámara Villar, *Nacional-Catolicismo y escuela. La socialización política del franquismo (1936-1951)*, Madrid, Editorial Hesperia, 1984, pp. 108-111. Una panorámica general de su ministerio ofrece José Álvarez Cobelas en *Envenenados de cuerpo y alma. La oposición universitaria al franquismo en Madrid (1939-1970)*, Madrid, Siglo XXI, 2004, pp. 1-47.

¹⁰⁸ «Certificado de Cayetano Alcázar Molina (23-11-1939). Catedrático de la Universidad de Murcia, en la actualidad agregado a la Universidad Central, por orden del Ministerio de Educación Nacional» (incluido en el «Expediente relativo a D. Eduardo Ibarra y Rodríguez, Catedrático Jubilado...», op. cit.). Cayetano Alcázar (Madrid, 27-3-1897/Santander, 19-8-1958), había estudiado Derecho y Filosofía y Letras en Madrid, donde entabla una estrecha amistad con Pedro Sainz Rodríguez (fundan la revista *Filosofía y Letras*). Miembro fundador del Partido Social Popular, se sitúa en el grupo de los colaboradores con Primo de Rivera. En 1926 gana, por oposición, la Cátedra de Historia de España de Murcia (1926), donde entra en contacto con José Ibáñez Martín quien le llevaría a la Cátedra de Historia Moderna de Madrid (1939), y le nombraría director general de Enseñanza Universitaria (1946-1951) (*vid. s. v.*, «Alcázar Molina, Cayetano», en *DHEC*, pp. 64-65).

¹⁰⁹ Sobre Cándido Ángel González Palencia (Horcajo de Santiago [Cuenca], 4-9-1898/Olivares del Júcar [Cuenca], 30-10-1949), *vid. su voz* en el *DHEC*, pp. 311-312; y la tesis de Fernando de Ágreda Burillo, *La personalidad y la obra de Don Ángel González-Palencia en el marco del arabismo español de la época*, tesis dirigida por Pedro Martínez Montávez, Madrid, ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid, 1993 (microficha).

Universidad Central al incorporarlo a su cátedra, en calidad de auxiliar «temporal y gratuito». En los siguientes años se convirtió en uno de los principales representantes de la escuela. Su voluntad de triunfo y su persistencia en el trabajo le llevaron a redactar, junto con Juan Hurtado, un manual de *Historia de la literatura española*, conocido como el «Juanito» por varias generaciones de estudiantes de Letras, y publicar dos de sus tres libros más importantes en la afamada «Colección Labor. Biblioteca de Iniciación Cultural», dirigida por el aragonés, amigo de Ibarra, Manuel Sánchez Sarto¹¹⁰. En paralelo, desarrolló una carrera como publicista y periodista, colaborador de *El Debate*, lanzándose a una apología del catolicismo, el orden social conservador y el nacionalismo autoritario. En 1927, la jubilación voluntaria de Ribera le garantizó el éxito académico al obtener la Cátedra de Literatura Árabe, siendo elegido, un poco más tarde, vocal de la Junta de Gobierno del Patronato de la Universidad de Madrid y académico de la Historia. Delegado oficial en los congresos orientistas de Leiden (1931) y Roma (1936), alcanzó una cierta proyección internacional que le llevó a ser nombrado profesor visitante en la californiana Universidad de Stanford.

La hora de González Palencia le llegó con la inmediata posguerra al poner su talento al servicio de la depuración universitaria y la política municipal madrileña. En cuanto tuvo noticias del proceso que afectaba a Eduardo Ibarra firmó su declaración como testigo. Como era típico en ellos, los arabistas ni perdonaban los agravios, ni olvidaban a los amigos que habían mantenido su confianza incólume en la escuela. Y mucho menos, cuando había llegado el momento de tratar los lazos académicos como un asunto político. En la cadena de la vida, más de cincuenta años de íntima relación con sus maestros, bien valía una pequeña muestra de agradecimiento:

conozco a D. Eduardo Ibarra y Rodríguez, catedrático jubilado de esta Universidad y Académico de la Historia, desde hace muchos años, por trato y comunicación; que me consta ser y haber sido siempre hombre de orden y de perfecta solvencia en todos los sentidos, tanto en el moral como en el religioso y en el profesional; que ha sido y es ferviente católico y pertenece conmigo a alguna asociación religiosa; que

¹¹⁰ La actividad editorial en Labor de este zaragozano que, entre otras, sería el impulsor de la Colección Labor, profesor de Historia Económica en la Autónoma de Barcelona y en la UNAM de México la apunta Josep M. Mas i Solench, «Editorial Labor. Setenta y cinco años de historia», en Jaume Serrats y J. M. Mas, *Barcelona cultural, 1915-1990. Historia de la editorial Labor*, Barcelona, Editorial Labor, 1990, pp. 118-119; y la desarrolla con amplitud Eloy Fernández Clemente, «En el centenario de Manuel Sánchez Sarto (1897-1997)», *Rolde*, 79-80 (enero-junio, 1997), pp. 4-16; y «Manuel Sánchez Sarto (1897-1980), economista entre dos mundos», introducción a la edición de M. Sánchez Sarto, *Escritos económicos (México, 1936-1969)*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2003, pp. XIX-XXXI. Las dos obras que González Palencia publicó en la citada colección de la editorial barcelonesa fueron la *Historia de la España musulmana* (1925), y la *Historia de la literatura árabe-española* (1928); y, entre medio, dio a la imprenta los cuatro volúmenes de su obra más importante *Los mozárabes de Toledo en los siglos XII y XIII*, Madrid, Instituto de Valencia de Don Juan, 1926-1930.

ha hecho siempre sus estudios y publicaciones orientadas por la sana intención de elevar y dar a conocer el prestigio de las instituciones tradicionales de España, movido por el noble afán de difundir la verdad de nuestra Historia; y por lo tanto lo tengo como persona afectísima con todo entusiasmo de nuestro Glorioso Alzamiento Nacional¹¹¹.

En ese primer mundo del franquismo donde la generosidad era escasa, a Ibarra le debió resultar grato tener tales aliados para resolver «sin sanción» su expediente¹¹². Por así decirlo, la guerra que todo lo marchita había acabado con el «tiempo de las escuelas históricas» e iniciado el período de la «dictadura de los catedráticos». Una perversa combinación de arbitrariedades políticas, indecentes conductas académicas y solidaridades ideológicas entre los nuevos camaradas, incluidos los sumisos colaboracionistas que, una vez exculpados, debían «mostrar signos visibles de su rectificación liberal»¹¹³. Y porque para sobrevivir en el sombrío presente y tener alguna posibilidad en el incierto futuro, no bastaba con mostrarse pasivo, Eduardo Ibarra en su condición de académico de la Historia se dio prisa en realizar su voto de fidelidad al régimen, en la sesión solemne del 17 de diciembre de 1939¹¹⁴. Pero eso no sería todo, ni mucho menos. Con el celo excesivo de los conversos, se apresuró a solucionar otra de las cosas que le preocupaban: debía reabrir su relato autobiográfico escrito en 1936, cribar sus recuerdos y desembarazarse de cualquier rastro del pasado que pudiera ser considerado inapropiado por los

¹¹¹ «Certificado de Ángel González Palencia (25-11-1939), Catedrático de la Universidad, Académico de la Historia y Regidor del Ayuntamiento de Madrid» (incluido en el «Expediente relativo a D. Eduardo Ibarra y Rodríguez, Catedrático Jubilado...», ob. cit.).

¹¹² En su Expediente de depuración se conserva el Oficio del juez instructor, que resuelve cumpliendo la orden del art. 4 de la Ley de 10 de febrero de 1939 y la Orden de 18 de marzo del mismo año; y el Oficio del director general de Enseñanza Superior de 6 de diciembre de 1939, donde se decide: «rehabilitar sin sanción en todos los derechos que pueda corresponderle como jubilado al Catedrático que fue de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid» (ob. cit.). La legislación, los jueces instructores y el procedimiento depurador en Jaume Claret, ob. cit., pp. 54-70.

¹¹³ La cita en el libro de Jordi Gracia, *La resistencia silenciosa. Fascismo y cultura en España*, Barcelona, Anagrama, 2004, p. 48. Para una aproximación al angustioso ambiente creado en el universo historiográfico *vid.* I. Peiró, «La aventura intelectual de los historiadores españoles» introducción al *DHEC*, pp. 15-25.

¹¹⁴ Según Decreto núm. 436 de 8 de diciembre de 1937 y Orden de 1 de enero de 1938 firmada por el general Jordana, el voto era condición obligatoria para ser rehabilitado como numerario de la Historia y del Instituto de España. El voto de fidelidad hispánicos y católicos al régimen realizado por Ibarra en «Certificado firmado por el secretario perpetuo del Instituto de España Eugenio d'Ors y Rovira, 7 de febrero de 1940», *Expediente Académico de la Historia*, ob. cit. La fórmula del juramento redactada por el propio D'Ors decía así: «Señor Académico: ¿Juráis en Dios y en vuestro Ángel Custodio servir perpetua y lealmente al de España, bajo Imperio y norma de su Tradición viva; en su catolicidad que encarna el Pontífice de Roma; en su continuidad, representada por el Caudillo, salvador de nuestro pueblo?» (*Legislación del Nuevo Estado*, vol. VI, Burgos, Aldecoa, 1938, p. 14). La noticia de que algunos académicos como Ramón Menéndez Pidal se vieron dispensados de prestarlo en José Ignacio Pérez Pascual, ob. cit., pp. 303-304.

nuevos dueños del poder. En el texto firmado el 1 de junio de 1940, que nadie le obligó a reescribir y publicar, había algo de autodefensivo en todas sus páginas. Pero, al mismo tiempo, había mucho de celebración y cooperación con el franquismo. Y, tal vez, había demasiado de identificación con la historiografía vencedora y alineamiento inquisitorial en contra de los historiadores «anticatólicos y antiespañoles» del Centro de Estudios Históricos.